

---

This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

<https://books.google.com>





## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

# DEL PALACIO Á LA TABERNA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR D. FRANCISCO CAMPRDON.

MÚSICA DE

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, en Diciembre de 1861.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1862.

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

ESTELA DE FUENCLARA.....	SRA. SANTAMARIA.
BARBARA LENTEJA....	FERNANDEZ.
TIA CONGOJAS.....	BARDAN.
CONDE DE FUENCLARA.	SRES. CUBERO.
MARQUES .....	FUENTES.
VIZCONDE.....	ROCHEL.
BARON DE TRONCOSECO.	CALTAÑAZOR.
DANIEL, sargento.....	SANZ.
CABO PACHORRA.....	ARDERIUS.
SOLDADO 1.º .....	N. N.
CRIADO.....	N. N.
BEBEDORES 1.º y 2.º....	N. N.

Nobles, soldados y pueblo.

Epoca, Felipe V.

*La propiedad del libreto de esta zarzuela, la del de*

El Dominó azul.	El Relámpago.
Los Diamantes de la Corona.	La Jardinera.
Tres para una.	Por conquista.
Guerra á muerte.	Un Pleito.
Marina.	Beltran el aventurero.
El Vizconde.	Un Cocinero,
El Diablo en el poder.	Quien manda mandal!
El Lancero.	El diablo las carga.
Juan Lanas.	El zapatero y el banquero
Una vieja.	El gran bandido.
Una niña.	

*y la de los dramas*

Flor de un dia.	Libertinaje y pasion.
Espinas de una flor.	Una ráfaga.

*pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

*Los corresponsales de la galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

---

## ACTO PRIMERO.

---

El teatro representa un salon del palacio del Conde, lleno de retratos de familia. Chimenea ardiendo en el fondo; á los lados de ella balcones que dan al jardin. En el ángulo izquierdo del fondo, puerta que vá al jardin. En el segundo plano izquierda retrato practicable; en el primero, puerta á las habitaciones interiores. En el ángulo derecho del fondo, puerta de entrada; en el segundo plano, retrato igual al de la izquierda, y en el primero puerta tambien igual á la del lado opuesto. Mueblaje rico; jarros sobre la chimenea. Mesas á los dos lados, sueltas.

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, EL MARQUES, EL VIZCONDE y CORO DE CABALLEROS, con gran misterio y animacion.

CORO. Madrid de júbilo hirviendo está;  
cayó ya el ídolo del pedestal;  
se escuchan vítores sonar doquier,  
la patria se ha salvado:  
Alberoni cayó del poder.  
El rey magnánimo cansóse al fin  
de los desórdenes del mandarin;  
el grito unánime de la opinion,  
celebra la ruina  
del ministro que no era español.

CONDE. Bastante prematuro  
el gozo es en verdad,

:

- hasta saber, señores,  
quién le sucederá.
- CORO. De su caída súbita  
se os cita como autor,  
y encuentran todos lógico  
que el rey os llame á vos.
- CONDE. ¡Qué disparate! ¿Ministro yo?
- CORO. Dificilmente le habrá mejor.
- CONDE. Si me inflama la lucha bravia  
contra el coloso  
dominador del rey,  
el olor del incienso me hastia  
que se levanta  
en torno del poder.  
Ya sé bien que al que el mando le halaga,  
cada lisonja  
le cuesta una merced,  
y no quiero rendirme á la plaga  
de tanto zángano  
que acude á pretender.
- CORO. (¡Oh, dolor! la esperanza naufraga  
de los que fuimos  
á trabajar por él:  
si este inozo no dá mejor paga,  
el que ha caído  
valia mas á fé.)
- Siquiera á los amigos  
poned hoy en favor,  
y haced, si os acomoda,  
después la dimisión.
- CONDE. Señores, yo no sirvo  
á nadie de escalon.  
Con toda el alma  
yo conspiré  
contra Alberoni  
no sé por qué:  
medre quien pueda,  
mas no por mí;  
yo no conspiro  
contra el país.

(Se retiran saludando fría y cortesmente al Conde,  
cantando los cuatro versos siguientes.)

**CORO.** Con Dios, amigo,  
con Dios quedad;  
si no cambiáis de ideas  
no sereis nunca popular.

## ESCENA II.

**CONDE,** el **MARQUES** y el **VIZCONDE.**

### HABLADO.

**MARQ.** ¿Sabéis que me maravilla  
vuestra conducta, Fuenclara?  
Si no quereis ser ministro,  
¿por qué conspirais?

**CONDE.** Por nada,  
para hacer algo.

**MARQ.** ¡Es capricho!

**CONDE.** Me divierto.

**MARQ.** Pues la chianza,  
á haber triunfado Alberoni,  
pudiera saliros cara.

**CONDE.** Por lo mismo, el conspirar  
sin riesgo no tiene gracia.  
Francamente, amigos míos,  
me indigna que una sotana  
gobierne á esta gran nacion;  
no me someto á las faldas  
masculinas, á las otras  
les rindo un culto entusiasta.

**MARQ.** Aprobado, é idem.

**VIZC.** Idem.

**MARQ.** Entonces, ¿cuál es la causa  
de esos preludios de fiesta?

**CONDE.** Os lo diré en confianza:  
caso á mi hermana.

**MARQ.** ¿La que  
mandasteis siendo muchacha  
á educarse con su tia  
en el castillo de Aranda?

**CONDE.** Es la única que tengo:

mi buen padre, que Dios haya,  
me recomendó al morir  
que cuidase de educarla,  
lo cual me correspondia  
como jefe de la casa:  
pero conociendo yo  
que mi escuela es algo lata,  
y escasa de austeridad  
en mis costumbres privadas,  
dije: no soy á propósito  
para llenar esa carga;  
y se la endosé á mi tia,  
que es grave, virtuosa y sábia,  
y reune en condiciones  
todas las que á mí me faltan.

MARQ. La habrá educado encogida.

CONDE. La moza mas estirada  
que pisa tierra en Castilla,  
y muy capaz, si la ultrajan,  
de partir á un coracero;  
es legitima Fuenclara:  
tiene el corazon de un ángel;  
no puede ver una lástima,  
pero la cabeza llena  
de ideas estrafalarias,  
de mando, de independencia,  
de aventuras arriesgadas;  
mas si en cambio se la lleva  
por buenas, no tiene tacha.

MARQ. ¿Y tan bizarra amazona,  
contra quién vá destinada?

CONDE. Contra un camarada nuestro,  
jefe de una ilustre casa;  
el baron de Troncosco.

MARQ. ¿Qué lástima de muchacha!

CONDE. ¿Por qué?

MARQ. Porque es un borrego.

CONDE. Eso ha menester mi hermana.

MARQ. ¿Le conoce á él ya?

CONDE. Aun no.

MARQ. Pues entonces no se casa.

CONDE. Vaya si se casará...



si mi consejo no basta  
me queda mi autoridad  
de jefe para obligarla:  
mi hermana tiene talento  
y está frisando en la raya  
de los veinte y cinco abriles,  
y á esa edad no hay muchácha  
que no abrigue la ambicion  
de verse bien colocada.

VIZC. Si tuvo ya otros amores...

CONDE. Ninguno, bajo palabra:  
sabeis que me la pidió  
el marqués de Ponferrada,  
y al proponérselo á ella  
dijo que no le gustaba.

VIZC. Pues lo mismo dirá ahora.

CONDE. Lo veremos.

VIZC. No se casa.

CONDE. Pues bien, hoy llega, os apuesto  
á que se casa mañana.

MARQ. Suenan guitarras, ¿no oís?

VIZC. Puede que os den serenata  
creyéndoos ministro.

MARQ. ¿A ver?

CONDE. Lo sentiria en el alma;  
las serenatas de hoy suelen  
ser piedras para mañana.

---

**CORO.** (Dentro.)

Barbarita es mi amparo  
y es mi salero,  
si á mirarla me paro  
no le hallo pero:  
es Barbarita  
de las mozas del barrio  
la mas bonita.  
Niña morena,  
cuando te miro  
yo me enardezco,  
yo me encandilo,

yo tengo dudas  
cuando estoy chispo  
si es de tus ojos  
ó es de tu vino;  
aun mas que tu mosto  
tu cara me obliga;  
ay, tabernera del alma,  
Dios te bendiga.

---

**HABLADO.**

- CONDE. No es á mí, gracias á Dios.  
MARQ. Es la turba cotidiana  
de mozos chispas que vuelven  
de la taberna de Bárbara.
- CONDE. ¿Qué taberna es esa?  
MARQ. Un templo  
de Baco donde escanciaba  
el sabroso Valdepeñas  
la muchacha mas gitana...  
y en que alguna que otra vez  
envueltos en nuestras capas  
hemos ido allí á explorar  
las populares usanzas.
- CONDE. ¿Es posible?  
MARQ. ¿No sabeis  
que el goce está en la mudanza?  
Conde, no todo han de ser  
reverencias cortesanas;  
hay que encanallarse un poco  
de vez en cuando.
- CONDE. ¿Qué audacia!  
con que vá á los bodegones  
la nobleza castellana  
á requebrar las manolas?
- VIZC Si las manolas son guapas,  
por qué no?
- CONDE. Porque la cuna  
impone á las clases altas  
el gran deber... y es bonita  
de verdad, esa muchacha?

- MARQ. Es un pedazo de cielo.  
CONDE. ¿Si, eh?  
VIZC. Cosa delicada,  
ojos asi.  
CONDE. Buen tamaño.  
VIZC. Y unos labios y una mata  
de cabello...  
CONDE. ¿Negro?  
VIZC. No,  
castaño.  
CONDE. Aun me causa  
mas ilusion.  
VIZC. ¡Y una boca!  
CONDE. ¿Y á qué horas está en casa?  
MARQ. Ahí está el quid, hace dias  
desapareció del mapa,  
y nos ha dejado á todos  
en contemplacion.  
CONDE. ¡Qué lástima!  
CRIADO. (Anunciando.)  
El baron de Troncosoco.  
CONDE. Adelante, camaradas,  
vá á entrar mi cuñado en flor,  
os ruego que hagames pausa  
á nuestras requisitorias;  
las seguiremos mañana.

### ESCENA III.

DICHOS, y el BARON, con un ramo en la mano.

- CONDE. Querido Baron.  
BARON. ¡Señores!  
Adios, hermano futuro,  
ya veis como me apresuro  
á cumplir con mis amores.  
CONDE. Gracias, Baron, me es muy grato  
ver la esmerada atencion...  
BARON. La verdad, el corazon  
me está tocando á rebato.  
CONDE. Ya es regular que no tarde.  
BARON. Quiero arrojarme á sus pies

para que vea lo que es...  
un Troncossco cuando arde.  
Empezaré su conquista  
con este ramo que veis.

MARQ. ¿Pues qué no la conoceis?

BARON. Hasta ahora, ni de vista.

MARQ. ¿Y si no la encontráis bella?

BARON. Como mi futura goza  
tal fama de buena moza,  
ya estoy piando por ella.  
¿Pongo este ramo en remojo  
hasta que llegue?

(Vá á ponerlo en un jarro sobre la chimenea.)

CONDE. Si tal.

BARON. Conde, he visto al cardenal.

CONDE. ¿Si?

BARON. Me miró de reojo;  
como yo le he derribado,  
me tiene una ira sangrienta.

MARQ. Pues si os coge por su cuenta,  
ya estais fresco.

BARON. Es un menguado  
que nos tenia en un brete  
con su ruda rigidez;  
no hay remedio, de esta vez  
no le ha valido el roquete.

MARQ. Bravo Baron, por lo visto  
sois conspirador travieso.

BARON. El Conde me metió en eso,  
y que diga él si soy listo.

CONDE. Mucho.

MARQ. Conque hay tanto dolo  
metido aquí.

BARON. Regular,  
y lo que es para llevar  
un chisme, me pinto solo:  
con este aire jesuítico  
mas guerra le he hecho yo...  
si mi madre me educó  
para ser hombre político.

MARQ. ¿Quién lo duda?

BARON. El Conde.

- MARQ. ¡Bah!
- BARON. Pues no lo quiere creer,  
pero le he de convencer.
- CONDE. Estoy convencido ya,  
pero mi hermana es bastante  
rehácia á esas intrigas...
- BARON. Pues para hacer buenas migas,  
tendré yo que ser galante  
y renunciar por su amor,  
si es que ella tiene ese empeño  
á mi porvenir risueño.
- MARQ. Debeis hacerlo, es mejor.
- BARON. Si le basta á su deseo  
verme de particular...
- MARQ. Hombre, no le ha de bastar.
- VIZC. Y le sobrará.
- MARQ. Eso creo.
- BARON. Mañana es la funcion,  
cuento con ustedes, eh?
- MARQ. Mil gracias, no faltaré.
- VIZC. Ni yo tampoco, Baron.  
Adios, Conde.
- CONDE. Voy tambien.  
¿Venis, Baron?
- BARON. Yo no salgo,  
tengo que repasar algo.
- CONDE. Corriente, repasad bien.  
(Vánse por el fondo.)

#### ESCENA IV.

BARON, y luego BARBARA.

- BARON. Pues señor, ahora es preciso  
organizar cuatro frases  
que vayan á la tetilla;  
hay que hacer efecto en grande.  
¡Canastos, qué guapa chica!
- BARB. Perdone usia.
- BARON. Adelante,  
pimpollito encantador.  
(Con esta voy á ensayarme.)

Moniça.

- BARB. Me llamo Bárbara.
- BARON. Si tú me quisieras...
- BARB. Arre.
- BARON. (Á este saludo bestial  
no le encuentro el consonante.)
- BARB. Me dice usted cuándo llega  
la señorita?
- BARON. Mas tarde.
- BARB. ¿Vienes á pedirle algo?  
Yo no pido nada á naide,  
está usia? Estos señores  
se figuran al instante  
que una les viene á pedir...  
Tengo lijnosna pa darle.
- BARON. Hija, no tuve intencion  
de lastimar en un ápice...
- BARB. Yo soy Bárbara Lenteja,  
y en Aranda me crié,  
y donde usia me vé,  
yo soy castellana vieja;  
y tengo un cariño estrecho  
á la señorita, estamos?  
porque ambas á dos mamamos  
la leche de un mismo pecho.  
Yo era pobre y me dió abrigo  
en su riquísima estancia,  
y en los días de la infancia  
ella ha jugado conmigo.  
Y vale mas la largueza  
con que ella dá al pobre el pan,  
porque hay ricos que al dar, dan  
con un hueso en la cabeza;  
y le tengo ley de aquella,  
vamos, que no tiene tasa;  
si quiere que arda mi casa,  
la pego fuego por ella.
- BARON. Pues chica, ya pronto vá  
á llegar tu señorita;  
pero dime: ¿es tan bonita  
como tú?
- BARB. Quite usted allá.

- BARON. (Es graciosa aunque vasta.)  
Conque segun tu relato...
- BARB. Si vale mas su zapato  
que yo y que toda mi casta.
- BARON. Voy sospechando que es algo  
excesiva tu modestia.
- BARB. ¿Me cree usia tan bestia  
que no sepa lo que valgo?
- BARON. ¿Y eres casada ó doncella?
- BARB. Soy doncella todavia,  
muy servidora de usia.
- BARON. Es raro, siendo tan bella.
- BARB. Es que en viniendo cualquiera  
á soltarme esas tonadas,  
le echa á cajas destempladas  
mi tia la tabernera;  
y como me quiere bien,  
debo guardarla respeto,  
y por eso me someto  
y le digo á todo amen;  
ella trabaja y se afana  
para regalarme á mí.
- BARON. Pero, ¿por qué piensa asi  
la tarbernera inhumana?
- BARB. Porque en oliendo á varon,  
el mejor no vale un higo,  
y aunque yo la contradigo,  
ella tiene la opinion  
de que lo que es pa tomarle,  
ni uno hay que valga en la córte  
el real que importa el importe  
de una cuerda para ahorcarle.
- BARON. ¡Oh, tabernera homicida!  
¿y opinas tú como ella?
- BARB. No, señor, yo soy doncella,  
y no ha de ser por la vida;  
mañana quizá, si hoy no,  
si alguno pena por mí,  
me case: pero eso si,  
mansito, que mande yo.
- BARON. Lo dicho, dicho, es bonita.
- BARB. Oigo su voz allá afuera.

ESCENA V.

DICHOS, el CONDE, ESTELA, y detras de ellos, doncellas que traerán bultos de equipaje, y una jaula con un loro, que dejarán allí y despejarán.

CONDE. Aquí está la viajera.

BARB. (Abrazándola.)  
Señorita.

ESTELA. Barbarita.

CONDE. ¿Quién es esa niña bella?

BARON. Esa preciosa aldeana  
dice que es como una hermana  
que se crió allá con ella.

---

MUSICA.

ESTELA. De tu cariño, huérfana,  
desde mi tierna edad,  
con lágrimas de júbilo  
llego al paterno hogar.

CONDE. A tu cariño abiertos  
mis brazos siempre estan.

ESTELA. No satisface al pecho mio  
mirar las aguas del manso río,  
ni de las aves los trinos suaves,  
ni de las aguas el murmurar  
entre su muda calma,  
entre su soledad,  
á voces grita el alma:  
quiero vivir y amar.

CONDE. A la ilusion el alma  
comienza á despertar.

BARON y ) El grito de su alma  
BARB. ) es propio de su edad.

CONDE. Un mundo de placeres  
á abrirse vá ante tí,  
y van á ser tus gracias  
encantto de Madrid.

ESTELA. Hermano mio, gracias mil,



con que me quieras  
seré feliz.  
Vida y placer  
en derredor,  
temple la sed  
de mi corazón.  
Digna de tí  
me verás ser:  
siento una voz  
que me impele al bien,  
yo siento, hermano mío,  
el alma tuya en mí;  
ni me intimida el riesgo  
ni la mirada  
de un Amadis.  
Será un eden mi vida  
si es junto á tí.

BARB. Por Dios que es amazona  
y muy gentil;  
cuando yo tenga un lance  
irá por mí.

CONDE. Dulce y querida Estela,  
eres gentil,  
todo el cariño mío  
es para tí.

BARB. Ya digo yo que tiene  
mucho de aquí;  
vale su alma el oro  
del Potosí.

---

**DECLAMADO.**

BARON. (Yendo á coger el ramo que antes ha puesto en ramo y presentándolo á Estela.)  
Sirva á mi entusiasmo de eco  
este presente.

ESTELA. Lo estimo,  
no sé si debo...

CONDE. Es tu primo  
el Baron de Troncosco.  
(Estela acepta el ramo.)

- BARON.** (Bajo al Conde.)  
Ya vereis si estoy certero,  
si ine declaro la paro.
- CONDE.** Aun no.
- BARON.** Pues no me declaro.
- CONDE.** Yo os allanaré el sendero.  
Procurad ser muy galante  
y aprovechad la ocasion  
de hacerle buena impresion.  
Muchacha, ven un instante  
á ayudar á colocar  
las cajas en su aposento.
- BARB.** Voy, señor.
- ESTELA.** Vuelve al momento,  
tenemos mucho que hablar.  
(Vánse Bárbara y el Conde por la puerta izquierda.)

## ESCENA VI.

**ESTELA,** y el **BARON.**

- BARON.** Primita mia.
- ESTELA.** Primito.
- BARON.** Un favor pediros quiero.
- ESTELA.** ¿Cuál es, Baron?
- BARON.** Lo primero  
que me llameis Tancredito.
- ESTELA.** Concedido.
- BARON.** Y luego imploro  
de esa boca de alhelí,  
que me ordene algo.
- ESTELA.** ¿Si?
- Llevad la jaula del loro.
- BARON.** Allá voy. (Toma la jaula y vuelve con ella.)  
Si no me excedo  
á formular todavia  
la tierna esperanza mia...  
(Soltando la jaula y dando un grito.)  
¡Ay! que me ha cortado un dedo.
- ESTELA.** (Recogiendo la jaula.)  
¡Vaya una gracia gentil!  
Dejar caer un lorito

tan bonito.  
BARON.           Muy bonito.  
                  (Yo le daré perejil.)  
ESTELA.       ¿Qué decis?  
BARON.       Que por de pronto  
                  voy á echar un parchecito  
                  á la gracia del lorito,  
                  y vuelvo. (Váase por el fondo derecha.)  
ESTELA.       Mi primo es tonto.

## ESCENA VII.

ESTELA, el CONDE.

CONDE.    Y bien, Estela...  
ESTELA.           Mauricio...  
CONDE.    ¿Qué te parece el Baron?  
ESTELA.    Un ente sin ton ni son.  
CONDE.    Muy pronto has formado juicio.  
            Sabe, pues, que me pidió  
            tu mano.  
ESTELA.           ¿Mi mano?  
CONDE.           Si:  
            ¿qué te parece?  
ESTELA.           ¿Y á tí?  
CONDE.    Yo se la doy.  
ESTELA.           Pues yo no.  
CONDE.    Harás mal, es opulento,  
            amante de tu belleza,  
            y á mas le sobra nobleza.  
ESTELA.    Pero le falta talento.  
CONDE.    No es el talento un gran bien:  
            mi difunta Estefania  
            tuvo la misma mania,  
            quiso talento tambien,  
            y me dió mano de esposa;  
            y aunque de ello me arrepiento,  
            te juro que mi talento  
            no la supo hacer dichosa:  
            me arrastraban los placeres,  
            por lo mismo que era ducho,  
            gustándome, pero mucho,

todas las demas mujeres.  
Me oprimia mucho el lazo  
que sujetaba mi aliento,  
y el desórden y el talento  
van casi siempre del brazo.  
Mi esposa halló un fin temprano;  
yo que por tu dicha velo,  
si no fuí esposo modelo,  
deseo ser buen hermano.

ESTELA. Si esa regla es como suena,  
la mujer á quien le toque  
por marido un alcornoque,  
debe estar de enhorabuena.

CONDE. (¡Zape!) Es un error muy craso  
exagerar las ideas  
de esa suerte...

ESTELA. No lo creas;  
si me convences, me caso.

CONDE. La desgracia ó la fortuna  
te han dado cuna condal  
que obliga á un enlace igual.

ESTELA. Sé lo que debo á mi cuna.

CONDE. Pues si lo sabes, cuitada,  
acepta al Baron.

ESTELA. Jamás.

CONDE. Si tú le dominarás.

ESTELA. Si quiero ser dominada;  
yo tengo ideas contrarias  
y no le podré querer.

CONDE. Eso no pasan de ser  
ideas estrafalarias.  
Si obliga el timbre condal  
á un enlace sin amor,  
te dá por compensador  
la alta posicion social;  
y á tu hermano corresponde  
no dejar prevalecer  
tus ideas de mujer.

ESTELA. Si yo lo soy, señor Conde.

CONDE. Nuestro padre al espirar  
me dió poder absoluto  
sobre tí, y ves que discuto

- cuando pudiera mandar.
- ESTELA. Pero discutes de un modo  
que ahogas la discusion.
- CONDE. Porque me sobra razon;  
la clase es antes que todo.  
Acceder ambos debemos,  
no hay partido que hoy le iguale.
- ESTELA. ¿Vale discutir?
- CONDE. No vale.
- ESTELA. Pues me planto.
- CONDE. ¿En qué?
- ESTELA. En... verèmos.
- CONDE. Estela, créeme á mí,  
haces mal en vacilar,  
tú eres capaz de gastar  
las minas del Potosí...
- ESTELA. Tienes razon, hasta ahora  
tal vez me excedí en gastar:  
si llamas gasto al secar  
las lágrimas del que llora,  
consiste en que yo he creido  
honrar mi nobleza asi.  
Ve á Aranda y oirás allí  
nuestro nombre bendecido.  
Cuantos pechos acibara  
el dolor ó la indigencia,  
creen que la providencia  
es la casa de Fuenclara,  
y si vieras con qué excesos  
de bendiciones se cobra  
el darles lo que nos sobra...
- CONDE. (Es Fuenclara hasta los huesos.)
- ESTELA. Figúrate tú, una anciana  
que en el mundo no tenia  
mas que un hijo, á quien queria  
ciegamente: una mañana  
con cariñosa avidez,  
fué á llamar como solia  
á aquel hijo en quien veia  
el sosten de su vejez:  
en vano le fué á llamar,  
porque el hijo despiadado

se habia hecho soldado  
abandonando su hogar.  
Y allí su madre espirara  
de miseria y frenesí,  
á no haber habido allí  
el castillo de Fuenclara,  
porque al saber la noticia  
tu hermana, el castillo deja,  
y corre á dar á la vieja  
lo primero una caricia:  
y con mil consuelos suaves  
y mi ardiente geniecillo,  
la traje á nuestro castillo  
y la hice ama de llaves,  
y allí está: y en casos tales  
empeño y vendo mi trenes;  
¿para qué sirven los bienes  
si no remedian los males?

CONDE. Muy bien hecho, hermana mia.

ESTELA. ¿Verdad que sí? y qué placer  
dá oír á aquella mujer  
bendecirnos cada día.

Al marcharme me previno,  
«rogad vos por mi Daniel,  
que si vos rogais por él,  
él volverá á buen camino.»

CONDE. Aunque tu caudal vulneras,  
tu noble conducta alabo.  
Sé en cambio dócil.

ESTELA. Si al cabo  
me harás hacer lo que quieras.

### ESCENA VIII.

DICHOS, BARBARITA con una carta, y luego el BARON con un  
ramo.

BARB. Señor Conde, un hombre trae  
para usia este papel,  
que dice ser muy urgente.

CONDE. Algun pretendiente, á ver...  
(Se acerca á la luz y lee.)

ESTELA. Ay, Barbarita, mi hermano  
quiere casarme.

BARB. ¿Con quién?

ESTELA. Con mi primo, que es imbécil.

BARB. Si usia no gusta de él,  
¿hay mas que decir que pones?

ESTELA. Me temo que de esta vez  
me sublevo.

BARON. (Llegando y presentando el ramo á Estela.)  
Prima mia,  
permitid que á vuestros pies  
un alma envuelta entre flores...

ESTELA. ¿Otro ramito?

BARON. Un verjel  
de esperanzas lisonjeras...

CONDE. (Viniendo azorado con la carta en la mano.)  
Buena la hicimos, pardiez.

BARON. (Continuando á los pies de Estela.)  
¿Me permitiros que empiece  
á insinuarme?

CONDE. Atended  
á lo que el marqués de Robles  
me escribe: «amigo, el rey  
»ha hecho paz con Alberoni,  
»y le ha devuelto el poder.»

BARON. ¡Canastos!

CONDE. «La primer órden  
»que puso á la firma, fué  
»el inmediato secuestro  
»de todo cuanto teneis,  
»y otra igual contra el Baron  
»de Troncosco tambien.»

BARON. Pero esto es horroroso.

CONDE. «Huid pronto si podeis,  
»pues me consta que ha mandado  
»prenderos.»

BARON. Dios de Israel.

CONDE. «Huid y avisad de paso  
»al Baron, si no quereis  
»que os encierren esta noche  
»en la Inquisicion con él.»  
Qué pais este.

- ESTELA. Mauricio.
- BARB. ¡Vaya un lance!
- CONDE. He de hacer...
- BARON. Que á él le prendan es lógico,  
pero á mí, señor, ¿por qué?
- CONDE. Animo, Baron.
- ESTELA. ¡Dios mio!
- CONDE. No hay que desmayar.
- BARON. Eso es,  
ánimo, ánimo cuando  
tal vez me tuesten la piel.
- CONDE. Dignidad antes que todo.
- BARON. Dignidad, pues ya se vé  
que voy á tenerla. Hoy mismo  
voy á arrojarme á los pies  
de Alberoni, y á pedirle  
que me perdone.
- CONDE. ¿Osareis  
degradaros á ese extremo?
- BARON. Si, señor, no sé por qué  
se conspira contra ese hombre,  
que es un sabio, y es un buen  
ministro, la ambicion loca...
- CONDE. ¡Miserable!
- BARON. Va se ve,  
el criticar es muy fácil,  
pero yo quisiera ver  
qué hariais vos de provecho  
si os vierais en lugar de él.
- CONDE. ¿Y vuestro enlace?
- BARON. Á buena hora.
- CONDE. ¿Y mi hermana?
- BARON. ¿Y yo? ¿Pues qué,  
no soy nadie?
- CONDE. (Iracundo.) Idos, idos.
- BARON. Eso quisiera yo hacer,  
pero temo que al salir  
me echen el guante.
- CONDE. Pardiez.



## ESCENA IX.

DICHOS y un CRIADO viejo, que llega sobresaltado.

- CR. ADO. Señor, el patio está lleno  
de soldados que en tropel  
invaden los aposentos.
- CONDE. ¡Voto á Santiago!
- BARON. ¿Lo veis?  
ya caímos en la trampa,  
y á mí me van á prender  
por meterme á farolero.  
Señor, ¿por qué conspiré?
- CONDE. (Abriendo una puerta secreta que formará uno de  
los retratos de la parte de la izquierda del foro.)  
Métete en este aposento,  
Estela mia, hasta ver  
si encontramos algun medio  
de escapar.
- BARON. ¿Y yo?
- CONDE. Tambien.
- BARON. Que nos traigan comestibles.
- BARB. (Acompañando á Estela.)  
Señorita, de esta vez  
cargó el diablo con la boda.
- BARON. Señor, ¿por qué conspiré?  
(Se meten por la puerta secreta todos menos Bár-  
bara.)

## ESCENA X.

BÁRBARA, SOLDADOS, luego el CABO PACHÓRRA por el fondo,  
y al indicarlo los versos, el SARGENTO DANIEL por la puerta  
del jardín con unas botellas en la mano.

- SOLD. Ya pareció el contrabando.
- BARB. Muy bien venidos seais,  
señores soldados.
- SOLD. Chica,  
no hay escape, hay que empezar  
por cobrar las aduanas:

venga un abrazo.

BARB. Pues ya.

SOLD. Mira que vá á haber registro.

BARB. ¿Y á quién vá usted á registrar?

SOLD. Á toa mosa pulia  
que ençuentre llena de sal  
sin comprarla en el estanco.

BARB. ¿De veras?

SOLD. Pues claro está.

Si la sal me glorifica.

BARB. Pues hágase usted salar.

(Se escapa por la puerta izquierda.)

SOLD. Alto aqui.

PACH. (Entrando por el fondo con un libro en la mano.)

Artículo cuarto:

el cabo debe cuidar  
de que haya orden en la cuadra.  
Orden.

SOLD. Señor cabo.

PACH. ¿Qué hay?

SOLD. Pedí un abrazo á una chica.

PACH. ¿Pero ella lo quiso dar?

SOLD. No, señor.

PACH. ¿No? Pues entonces  
paciencia y conformidad.

SARG. (Saliendo.)

Tomadas las avenidas,  
nadie se puede escapar,  
y en el ínterin instalo  
aqui el cuartel general.

(Dejando las botellas sobre la mesa.)

El registro los esbirros  
del Santo Oficio lo harán.

PACH. Á la orden, mi Sargento.

SARG. Traigo con qué remojar.

PACH. ¿Cogiste la artillería  
del enemigo?

SARG. Aqui está;  
puesto que el rey ha mandado  
hacer secuestro formal  
de los bienes de este Conde,  
he empezado á secuestrar

estas botellas de rom  
de su bodega.

PACH. ¡Já, já!

Alonsito, anda ligero  
á la cocina á buscar  
copitas para el refresco:  
anda, hijito.

SOLD. Voy allá. (Váse.)

OTRO. (Á otros.)  
¿Qué habrán hecho estos señores  
que nos mandan capturar?

PACH. ¡Qué bárbaro! según eso,  
tú serias muy capaz  
de prender á uno ignorando  
si es ó no es criminal?

SOLD. Cabo Pachorra; si usted  
nos lo quiere relatar...

PACH. Toma, si yo lo supiera  
os lo hubiera dicho ya.

SARG. Parece ser que este Conde  
habia fraguado un plan  
para perder á Alberoni,  
que es el ministro, animal.

PACH. Si es animal el ministro,  
por qué le nombran?

SARG. Patan,  
no digas barbaridades.

PACH. ¿Dije alguna?

SARG. Colosal.

PACH. Bueno.

(Se sienta en un sillón.)  
¡Qué sillas tan blandas:  
canastos, qué bien se está!

SARG. Si hubieses nacido noble  
y tuvieses además  
lo que te hace falta, entonces  
podrias tenerlas.

PACH. Ya.  
Pero como estoy privado  
de esa doble cualidad,  
resulta en limpio que duermo  
en cama de pedernal.

- SARG. Pues yo con nobleza cuento,  
mas no tengo... que contar.
- PACH. ¿Calla, con que tú eres noble?  
Qué has de ser tú...
- SARG. Voto á san,  
si lo era mi padre, yo  
debo serlo, ¿no es verdad?  
Mi padre era hijo segundo  
del conde de Monteorgaz,  
y se casó con mi madre,  
y se comió su caudal,  
y se marchó al otro mundo  
asi que le acabó el pan.
- PACH. ¡Hombre, qué bien ajustó  
las raciones!
- SARG. Pero el mal  
estuvo en que me dejó  
niño, y sin tener de acá.  
Mi pobre madre, de chico  
me acostumbró á trabajar,  
lo cual nunca me ha gustado.
- PACH. Siendo noble es natural.
- SARG. Yo he sido un vivo retrato  
de mi padre, en lo holgazan.
- PACH. ¡Qué fuerza tiene la sangre!
- SARG. Y asi que tuve la edad  
de tomar el chopo, dije:  
ya que aqui se pasa mal,  
voy á que el rey me mantenga,  
y me hice militar.
- PACH. El hombre debe servir  
á su patria en guerra y paz...
- ALONSO. Aqui hay vasos para todos.
- PACH. ¿Si? pues basta de moral.  
¿Quieres mojar la palabra?
- SARG. Venga, no hay dificultad.
- PACH. Artículo sexto: «El cabo  
no se puede emborrachar.»  
¿Que no pueda? voto al diablo,  
pues lo voy á averiguar.
-

**MUSICA.**

SARG. El corazon en calma  
vive mohino,  
hay que agitar el alma  
con guerra y vino:  
la vida corre ingrata  
sin variedad,  
hasta que amor desata  
su tempestad.  
Mis años roben,  
robar los dejo  
por moza jóven,  
por vino añejo:  
que al militar  
no ha de faltar  
para inflamar  
y hacer latir con brio  
su corazon  
niñas á quien amar,  
tabaco y ron.

SARG. y CORO.

Sin flores que la borden  
la vida aterra;  
el goce es el desórden,  
amor y guerra:  
jamás su fuerza ostenta  
mejor el mar,  
que cuando la tormenta  
se vé bramar.  
Mis años borden, etc.

(El coro repite el estribillo: Pachorra se queda un poco chispo, y el Sargento un poco excitado.)

---

**HABLADO.**

SARG. Bebe mas, Pachorra.  
PACH. «El cabo  
no se puede emborrachar.»

- Sospecho que la ordenanza  
no nos dice la verdad.
- SARG. Basta de beber, muchachos,  
id abajo á vigilar:  
Pachorra y yo nos quedamos  
aquí de plantón.
- PACH. Cabal,  
Pachorra y yo nos quedamos.
- SARG. Á ver como me mandais  
á la mas pequeña cosa  
parte de la novedad. (Váns e.)  
Otro traguito, Pachorra.
- PACH. Hombre, si no puedo mas:  
ya tengo mi suficiencia  
y tú me vas á achispár.
- SARG. Pues yo bebo por quitarme  
un peso que me hace mal.
- PACH. ¿En dónde?
- SARG. Aquí.
- PACH. Será el forro  
de la casaca quizás?
- SARG. No, es un remordimiento.
- PACH. ¿Y quién te mordió?
- SARG. El pesar.  
de ser un mal hijo.
- PACH. ¿Tú?
- SARG. Escúchame y lo sabrás.

---

**MUSICA.**

Una mañana  
de un triste dia,  
mi madre anciana  
yo abandoné.  
Era mi faro,  
era mi guia,  
y en desamparo  
yo la dejé;  
y desde entonces  
de noche y dia  
me alcanza un eco

del sitio aquel,  
que me sigue gritando:  
Daniel, Daniel.

PACH. Como piel de gallina  
tengo mi piel.

SARG. Y si la pobre  
ha sucumbido  
á la miseria  
y á la afliccion,  
su último acento  
tal vez ha sido  
un justo grito  
de maldicion,  
y entre mis sueños  
hiere mi oído  
el eco triste  
del grito aquel  
que sin cesar me llama  
Daniel, Daniel.

PACH. Si tu país te llama  
vuélvete á él.

SARG. Volver no puedo,  
que con el dedo,  
ahí vá el mal hijo  
señalarán;  
por donde quiera  
que me dirija,  
como á una fiera  
me seguirán.

PACH. Pues entonces no vuelvas  
y no te lo dirán.

SARG. Madre del alma mía,  
mi vida diera hoy  
para alcanzar del cielo  
tu maternal perdon.

---

#### HABLADO.

PACH. ¿Conque al autor de tus días  
le has hecho tan infeliz?  
¿No tienes sueño, Daniel?

- SARG. Qué sé yo, creo que sí.  
PACH. ¿No te parece mejor  
que procuremos dormir?  
SARG. Antes cerraré con llave  
la puerta que dá al jardín,  
y así evitamos mejor  
que nadie pueda salir. (La cierra.)  
PACH. Tienes razón, arrimemos  
dos sillas de estas allí,  
y dormiremos en ellas  
teniendo al lado el fusil.  
Daniel, yo te quiero mucho;  
tú has de decir: y yo á tí.  
SARG. Eso es.  
PACH. Yo te quiero mucho.  
¿Quieres que apague el candil?  
SARG. No, que á oscuras no veremós.  
PACH. Pues abur, voy á dormir.

(Sigue la música preludiando sordamente el motivo de Daniel. En el momento que se duermen, se vá abriendo la puerta del retrato y salen por ella el Conde, Estela y el Baron con una escala de cuerda en la mano, al mismo tiempo sale Bárbara de la puerta izquierda.)

## ESCENA XI.

DICHOS, CONDE, BARON, ESTELA y BÁRBARA.

- BARON. Con estas cuerdas tal vez  
nos podamos descolgar.  
ESTELA. Á ver si quereis callar.  
BARON. Tengo un miedo como diez.  
ESTELA. Duermen los dos.  
BARON. No me admiro,  
tal tragaban el rom puro.  
ESTELA. Adelante.  
BARON. De seguro  
nos van á pegar un tiro.  
(Estela se adelanta y apaga las luces haciendo un ligero ruido. Daniel se incorpora y echa mano del fusil.)



- SARG. ¿Qué es eso, quién anda ahí?  
ESTELA. Una dama que te abona  
que tu madre te perdona.  
SARG. ¿Mi madre, mi madre?  
ESTELA. Si.  
SARG. ¿Á mi madre conoceis?  
ESTELA. Si, Daniel de Monteorgaz,  
te perdona y vive en paz;  
yo la amparé.  
SARG. ¿Qué quereis?  
ESTELA. Que tu alma agradecida  
nos deje salir ahora.  
SARG. ¿Pero no sabeis, señora,  
que eso es pedirme la vida?  
ESTELA. Si tu honradez nos ampara,  
no ha de faltarte un ardid.  
SARG. ¿Pero quién sois vos, decid?  
ESTELA. Soy Estela de Fuenclara:  
yo á tu madre socorrí  
y te conservé su amor.  
Quieres pagarme el favor  
salvándonos hoy tú?  
SARG. Si,  
bajad al jardin, por él  
salid todos sin demora.  
Dios os lo pague, señora.  
ESTELA. Dios te bendiga, Daniel.  
(Se van por la puerta del jardín y Daniel se queda  
en el dintel escuchando atentamente.)  
PACH. (Despertando.)  
Sargento, ¿qué pasa aqui?  
SARG. Calla, les dejé escapar.  
PACH. Que nos van á fusilar.  
SARG. Nada me importa.  
PACH. Á mí sí.  
SARG. Cállate, imbécil.  
PACH. No quiero,  
que me cuesta la pelleja,  
que no tengo otra.  
SARG. Deja  
que encienda algun candelero.  
PACH. Pero hombre, no hallo razon

- de que yo mi vida pierda.
- SARG. (Después de encender el candelero, viendo en el suelo las cuerdas que habrá dejado el Barón.)  
Dios nos ayuda, esta cuerda  
será nuestra salvación.
- PACH. ¿De veras?
- SARG. Lo vas á ver.  
Siéntate.
- PACH. Pues no sospecho.
- SARG. Te amarro.
- PACH. ¿Y yo, qué he hecho?
- SARG. Cállate y déjame hacer.  
(Lo sujeta á una silla y le pone un pañuelo á la boca.)
- PACH. Daniel, que me estás ahogando.
- SARG. Calla, que te salvo así.  
(Cogiendo un trozo de cuerda.)  
ese trozo para mí,  
rompo una silla y andando.
- 

**MUSICA.**

- SARG. Alarma la guardia,  
soldados, venid;  
corred, que se escapan,  
soldados, á mí.
- CORO. (Dentro.)  
Nos llama el Sargento;  
¿qué puede ocurrir?
- SARG. Los reos se escapan;  
corriendo acudid.

**ESCENA ÚLTIMA.**

DICHOS y SOLDADOS en tropel que se meten en todas direcciones, excepto el Coro que quedará en escena.

- SARG. Sentados con el cabo  
aquí en conversacion,  
se nos ha sorprendido  
por fuerza superior,

y con puñal en mano,  
ahogando nuestra voz,  
con cuerdas y pañuelos  
aqui se nos ató.

Coro.

Hay que tomar venganza  
de tan villana accion;  
corramos en su busca,  
corramos, vive Dios.  
Madrid de arriba á abajo  
hay que seguir  
y registrar;  
al sitio en que se oculten  
su misma huella  
nos guiará,  
vengando tal ultraje,  
cual cumple á su maldad,  
pondremos los culpables  
bajo el poder  
del cardenal.

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representa una taberna del Lavapiés. Puerta al fondo, y portillo en primer término izquierda del actor. Mostrador á la derecha con jarros, vasos y medidas: rastrilleros de botas y semicírculo de mesas para los consumidores. Tosco redado de escribir sobre el mostrador.—Al levantarse el telon las mesas de la derecha aparecen ocupadas por Alguaciles, las de la izquierda por Paisanos bebiendo: el Baron de Troncosco sumamente desfigurado con un parche en un ojo y en traje de mozo de taberna, sirviendo á las diversas mesas.

### ESCENA PRIMERA.

EL BARON, CÓRO de PAISANOS y ALGUACILES.

PAIS. Ah de los Alguaciles.  
ALG. Ah de la buena gente.  
PAIS. ¿Qué se hace de provecho?  
ALG. Cansarse inútilmente.  
PAIS. Si el Cardenal les paga  
no debe de irles mal.  
ALG. Cuando no se hace pesca  
*no paga el cardenal.*  
Desde la noche aquella  
que el Conde se nos fué,  
la turba alguacilesca  
andamos sobre un pié:  
todo es pedir noticias,  
todo es olfatear,

pero hasta ahora  
no hay novedad.  
Vino, muchacho,  
anda velòz,  
trae un cuartillo  
del peleon.

BARON.  
ALG.

Voy, voy.  
De varias casas nobles  
se ronda en derredor,  
para ver si se coge  
la pista de un Baron,  
á quien por puro imbécil  
desea monseñor,  
dentro de su cochera  
colgarle de farol.  
No es mala chanza  
para el Baron!

BARON.

(Poco alumbrada  
será por Dios,  
la tal cochera  
con tal farol.)

ALG.

Vino, muchacho.

BARON.

Aquí está ya.

ALG.

Este es muy malo.

BARON.

El peor que háy.

ALG.

Si á la justicia  
sirves tan mal,  
¡ay! ¡si á sus manos  
vas á parar!

BARON.

(Si tanto susto  
dura un mes mas,  
mi cuerda ahorro  
al cardenal.)

Sombras ilustres de mis abuelos,  
cerrad los ojos, pára no ver  
á un siglo bárbaro en que se tratan  
los Troncossecos á puntapiés:  
vosotros no podriais  
llegar á comprender,  
todo lo que hace un hombre  
para salvar la piel.

ALG.

Un alguacil bebido

huele mejor que diez.  
Á las pesquisas  
hay que volver.  
¿Cuánto es el gasto?  
Seis cuartos.

BARON.

ALG. ¿Seis?

BARON. Es caro y malo.  
¿Quiere usarced  
que por seis cuartos  
le den Jerez?

ALG. Pagar es fuerza;  
vamos á ver  
si este muchacho  
nos sirve bien.

ALG. Psit, psit.

BARON. ¿Á mí?

ALG. Sí.

Si algun rumor á tu oído llega,  
de algun lacayo  
que entre á beber,  
trata de ver si con mucha astucia,  
lo que buscamos  
puedes saber.

Métele el dedo en la boca,  
que si consigues el fin,  
se te dará una propina  
para poderte vestir.  
Con mucha maña,  
con mucho ardid,  
cuánto interesa  
has de inquirir  
y á buena cuenta del premio,  
este aguinaldo  
es para tí.

BARON. Que si al tunante  
cuelgan por tí,  
mucha algazara  
habrá en Madrid.  
Haré un esfuerzo  
para cumplir  
el noble encargo  
que me pedis.

(Yo sudo tinta,  
yo estoy febril,  
yo mismo temo  
prenderme á mí.)

---

**HABLADO.**

**BARON.** He apurado la ignominia.  
¡Me han dado dos cuartos, dos!  
peor es esto que el verse  
tostado en la Inquisicion.  
Santo Cristo, qué dos meses,  
que descenso tan veloz!  
Bajar de casi ministro  
á mozo de bodegon.  
Aun recuerdo aquella noche  
de terrible dispersion.  
Barbarita iba delante,  
detrás de ella Estela, y yo  
detrás de Estela, y el Conde  
como el menos corredor  
detrás de todos, gritándome,  
por Dios dignidad, Baron,  
y busquemos un asilo •  
que sea digno de nos:  
pero nos corre que corre  
en tanto que él se quedó  
por no poder más, en casa  
del conde del Ababol.  
Barbarita, que era el guia  
nos condujo á esta mansion  
á Estela y á mí, en donde  
su tia nos recibió  
sin que la tierra lo oliera,  
y para alejar mejor  
toda sospecha, propuso  
á Estela, que lo aceptó,  
el ardid de que pasara  
por su sobrina mayor,  
y ella sin pizca de escrúpulo  
tomó la batuta, y yo

tomé por no haber vacante  
un mandil en comision.¡  
Y hétenos aqui, que gracias  
al talento de los dos,  
no hay un borracho en Madrid  
que no nos haga el honor  
de ser nuestro parroquiano,  
y estamos sin aprension:  
¿quién nos ha de conocer  
si no me conozco yo?  
Por ver á la tabernera  
se alumbran que es un primor,  
y vá en aumento el consumo  
como la gracia de Dios.  
¡Doña Estela de Fuenclara  
vendiendo vino y licor  
bajo el nombre de Lucia!  
Ella tabernera, y yo  
Tancredo, Jorge, Manrique  
de Lara, y Sotomayor  
transformado en un Pepillo  
fámulo de un bodegon!  
Si su hermano lo supiera....

PAIS. 1.º Muchacho, aguardiente.

BARON. • Voy.

PAIS. 1.º Siempre habla solo ese mozo.

¿Será tonto? (Á otro.)

PAIS. 2.º Qué sé yo,  
es un gallego bozal.

BARON. ¿Hace falta algo mas?

PAIS. 1.º No:  
milagro que hayas servido  
hoy tan de prisa, tumbon.

BARON. Muchas gracias.

## ESCENA II.

DICHOS, y el SARGENTO, que llegará mohino á sentarse en la  
primera mesa de la derecha.

SARG.

Hola, mozo;

Pepillo, ven acá.



BARON.

Voy.

SARG.

¿Cómo no está aquí Lucia?

BARON.

¿Quiere usted vino ó licor?

SARG.

Te pregunto dónde está

Lucia, ganso.

BARON.

¡Ah! salió.

Como es la boda de Bárbara

la acompañó á la funcion.

SARG.

Es verdad, no me acordaba.

(Pachorra es feliz, y yo...)

BARON.

¿Qué opina usted de esa boda?

SARG.

La hembra es guapa, el varon...

BARON.

¿Cómo el Baron?

SARG.

El marido...

BARON.

¡Ah! si, señor, si señor.

(Creí que hablaba de mí.)

SARG.

Tiene un verdadero amor

por ella, y por tanto deben

ser muy felices los dos.

BARON.

Pero en genios tan opuestos

como la sombra y el sol,

como la nieve y el fuego...

SARG.

(¡No sufro mas, vive Dios!

Si Lucia no me quiere

me pego un tiro.) (Preocupado.)

BARON.

Ó yo

soy muy lego en la materia,

ó esos dos genios...

SARG.

Me voy

á ver si la hallo... (Sin atenderle.)

BARON.

Decía...

SARG.

Sandeces sin ton ni son. (Vase por el fondo.)

BARON.

¡Ay si yo le diese ahora

rienda suelta á mi furor!

vá siendo tarde, cerremos

la puerta del callejon. (Lo hace.)

### ESCENA III.

DICHOS, MARQUÉS, VIZCONDE y OTRO NOBLE, por el centro  
embozados en sus capas.

VIZC. Pero, hombre, ¿en esta guarida  
qué hemos de hallar?

MARQ. Vais á ver  
la mas bonita mujer,  
que habeis visto en vuestra vida.

VIZC. Con tales ponderaciones  
me parece...

MARQ. Voto á tal,  
si no la hallais celestial  
silbadme en nuestros salones.

VIZC. ¿Y joya de tal valor  
vive entre tanto borracho?

MARQ. Pues ahí está el quid. Muchacho.  
(Se sientan.)

BARON. Voy.

MARQ. Trae vino del mejor:  
esperaremos que salga  
entreteniendo aquí el rato.

VIZC. Vamos á ver si el relato  
es veraz.

(Sale el Baron con bandeja y vino; al verlos lo deja  
caer y se vuelve de espaldas.)

BARON. (Cristo me valga.)

MARQ. Ten mas cuidado, pollino,  
que si me manchas, verás...

VIZC. Buena cuenta á tu ama das  
de los jarros y del vino.

BARON. (Fingiré traza de tonto  
por no dar que sospechar.)

MARQ. Anda corriendo á buscar  
mas vino y tráelo pronto.

BARON. Voy.

MARQ. Vais á ver qué alborozo  
os dará al ver á la chica.

VIZC. Segun sea.

MARQ. Es cosa rica.

- (El Baron saca otra bandeja, que deja en la mesa.)
- VIZC. Calla, mirad á ese mozo.
- MARQ. ¿Qué tiene?
- BARON. (Yo me hago el sueco.)
- VIZC. Oyes, mozo.
- BARON. ¿Qué se ofrece? (Finge la voz.)
- VIZC. ¿No encontráis que se parece  
al Baron de Tronoseco!
- MARQ. Es verdad, en el perfil  
tiene algo del Baron.
- BARON. (Me vende la distincion  
de mi aire señoril.)
- VIZC. Y hasta en el talento, es él.
- MARQ. Permitidme que proteste:  
buena diferencia; este,  
no es tan bruto como aquel.  
Siquiera no es fanfarron  
ni rebuzna tan sin tasa.
- BARON. (¿Cuánto vá á que en esta casa  
yo pulo mi educacion?)
- MARQ. ¿Dónde está tu ama?  
(Al Baron, que indica con las manos que ha salido.)  
¿Salió?
- Vamos, habla y no te cierres.
- BARON. (Reserva, que con las erres  
van á decir que soy yo.)
- MARQ. ¿Y á propósito, decid,  
que habrá sido de Fuenclara?  
(Á sus compañeros.)
- VIZC. Se escapó, mas yo apostara  
á que está oculto en Madrid.
- MARQ. ¿Habrá perdido la gana  
de conspirar?
- VIZC. Eso no,  
y el caso es que se fugó  
sin mostrarnos á su hermana.

## ESCENA IV.

DICHOS, BARBARITA, PACHORRA, vestido de paisano en traje de boda, y acompañamiento de gente del PUEBLO.

PUEBLO. Que vivan los novios

OTROS. Vivan.

PUERLO. Viva Barbarita.

UN BEB. Hola,  
segun parece, la gente  
ya vuelve de la parroquia.

PACH. Gracias, chicos, gracias.

PUELO. Viva  
el licenciado Pachorra.

PACH. Gracias.

BARB. Qué gracias, despídeles  
dándoles alguna cosa.

PACH. ¿Bueno, qué les daré?

BARB. Dales  
algunos reales. Toma.

PACH. Ea, largo. Aquí teneis (Repartiendo.)  
con que haceros una sopa:  
repartiroslo, y andando. (Vánse los chicos.)

VIZC. ¿Es esta la buena moza (Al Marqués.)  
de que hablabais?

MARQ. No.

VIZC. ¿Es que es guapa!

MARQ. Lo es mil veces mas la otra.

PACH. Desde que soy licenciado  
extraño tanto esta ropa.

BARB. ¿Y Estela? (Al oído á Pachorra.)

PACH. No es tela, es paño.

BARB. (¡Torpe de mí!)

PACH. Y de Segovia.

BARB. ¿Debe abrigar mucho?

PACH. Mucho.

BARB. (Siempre se me vá la boca.)

PACH. Barbarita, ven acá,  
porque el alma me retoza  
al vértelo tan rebonita;  
y hemos de armar una broma

que haga reventar de envidia  
hoy á la tia Congojas.

BARB. Déjala estar, que harto sufre  
con quedarse sin parroquia

PACH. Por eso chilla, por eso.

BARB. ¿Quién es tu enemigo?

PACH. Toma,  
el de tu oficio, pero es  
una lengua venenosa.

BARB. Que la tenga, qué mas dá?

PACH. Es que á veces, dices cosas  
que pone mi sangre en ascuas.

BARB. Pues haz que no se te ponga.

PACH. Bueno.

BARB. ¿Y Lucia?

PACH. ¿Lucia?...

ha ido á encargar las tortas  
para la cena. ¿No es eso?

MARQ. Esa Lucia es la prójima. (Á los suyos.)

PACH. Pronto vendrá, está muy cerca,  
digo, salvo si la topa

Daniel, que no se fatiga  
de requebrarla en tres horas.

¿Sabes que para Lucia  
seria muy buena boda  
Daniel?

BARB. ¿Qué sabes tú de eso?

PACH. Chica, un Sargento de tropa,  
me parece...

BARB. No te metas  
nunca en lo que no te importa.

PACH. Bueno.

BARB. ¿Entiendes la consigna?

PACH. Lo mandas tú, punto en boca.

BARB. Aqui la tenemos ya.

(Todos se levantan y quitan el sombrero.)

TODOS. Viva la gracia española.

## ESCENA V.

DICHOS y ESTELA, en modesto y elegante traje de villana manola.

### MUSICA.

**CORO.** Salud al sol que viene  
vertiendo rosicler,  
la reina de la gracia,  
la flor de Lavapiés.  
Suspense el barrio,  
parar se vé,  
ante una moza  
de tal poder:  
el empedrado  
para tus piés,  
de corazones  
debiera ser.

**ESTELA.** Cual la reina de Castilla,  
luce y brilla  
entre aplausos y ovacion,  
como reina me saluda  
gente cruda,  
que me rinde el pabellon:  
mi voz impera en derredor;  
soy tabernera,  
buen vino doy,  
triste y mohino  
nadie se vá,  
si tras del vino  
no pide mas.

Bebedores de Madrid,  
venid

á apurar el moscatel,  
nuevas copas escanciad,  
llegad

á las heces del tonel.

**CORO.** Por la moza mas gentil  
que á mil  
tiene locos con su aquel,

nuevas copas escanciad,  
brindad  
por sus labios de clavel,  
brindad, etc.

ESTELA. Pero no olviden mis bebedores  
que yo en amores no doy cuartel.

CORO. Eso es cruel.

¿Por qué tan dura, dinos, por qué?

ESTELA. Porque el amor, niño como es,  
dá mil disgustos por un placer.

---

**HABLADO.**

VIZC. No he visto en toda mi vida  
muchacha mas agraciada.

MARQ. ¿No os lo dije? Es un tesoro.  
Vamos á probar si es blanda.  
¿Lucia?

ESTELA. ¿Qué se le ofrece?

MARQ. Acércate acá.

ESTELA. ¿Qué falta?

MARQ. ¿Quieres servirme una copa  
por tu mano?

ESTELA. Con el alma. (Se la presenta.)

Ya está usted servido, y pronto.

MARQ. ¿Cuánto vale, chica?

ESTELA. Nada.

MARQ. Quiero pagarte su precio.

ESTELA. Lo que yo doy no se paga.

MARQ. Toma mi bolsa por ella. (La arroja.)

ESTELA. Guárdela usted, muchas gracias.

MARQ. Chica, quiero que la tomes.

ESTELA. Chico, no quiero tomarla.

MARQ. ¿Sabes que tienes dos ojos?...

ESTELA. Pues es verdad.

MARQ. ¿Que me abrazan?

ESTELA. Tome usted tierra, y asi  
no le alcanzará la llama.

MARQ. Tienes una mano... (Vá á tomársela.)

ESTELA. Quieto,  
que aquí se juega sin trampa.

MARQ. Es que ardo por tí de amor.

ESTELA. ¿Llamo que le traigan agua?

MARQ. Tú no eres lo que pareces.

ESTELA. No, que soy otra.

MARQ. No se halla  
en una mujer del pueblo  
tanto ingenio y tanta gracia.

ESTELA. ¿Es usted acaso ministro  
de las rentas estancadas?

MARQ. No á fé: ¿por qué?

ESTELA. Como veo  
que quiere estancar la gracia  
en las damas de alto bordo,  
le iba á echar una demanda  
para que nos concediera  
una poca á las villanas.

MARQ. Por Dios que estás hoy muy cruda.

ESTELA. Y eso que usted me achicharra.

MARQ. Pues, chica, de grado ó fuerza  
de un abrazo no te escapas.

ESTELA. Quite allá.

MARQ. Has de abrazarnos.

ESTELA. Pachorra, coge una estaca.

PACH. Allá voy.

MARQ. Si ello ha de ser.

(Los tres se dirigen á Estela. Sale el Sargento y se  
les interpone.)

## ESCENA VI.

DICHOS y el SARGENTO DANIEL.

SARG. ¿Qué es lo que ha de ser?

MARQ. Aparta.

SARG. ¡Quietos aquí, vive Dios!

MARQ. Somos nobles.

SARG. Los que faltan  
á una mujer no son nobles.

MARQ. ¡Insolente!

SARG. Menos plantas,  
que yo siempre estoy dispuesto  
para andar á cuchilladas.



MARQ. Lo veremos.  
SARG. Cuando gusten.

## ESCENA VII.

DICHOS y la TIA CONGOJAS, con los brazos en jarras, ocupando el centro.

CONG. Dios guarde á la gente honrada.

BARB. ¡La tia Congojas!

PACH. ¿Ves?

Tú verás la que nos arma.

CONG. Primero que *naide* riña

*má parecio* venir

de *vesita*, pa decir

dos piropos á esa *niña*.

Los tiempos andan muy *magros*

para el comercio de vinos,

y ella gasta flecos finos:

esa chica hace milagros;

tras de sus pulidas manos,

que no se amasan el pan,

mis parroquianos se van;

¿qué les dá á mis parroquianos?

Que no lo cuente, y me obligo

á *retractar la tonada*.

SARG. Silencio, lengua malvada.

ESTELA. Atrás, que eso vá conmigo.

MARQ. Vamos á estar divertidos presenciando esa batalla. (Al Vizconde.)

BARB. Por Dios, hablada en canalla, y si no, somos perdidos.

(Al oído á Estela.)

ESTELA. Sabe usted, tia Congojas, que me está usted *requemando*,

con andar siempre tomando

el rábano por las hojas?

¡Quiere usted saber por qué

tras tantos esfuerzos vanos

se le van los parroquianos?

Pues se van porque está usted.

CORO. Bien.

- ESTELA.** Si esas narices rojas  
untadas siempre de unguento  
espantan á un regimiento:  
¿está usted, tia Congojas?  
Si sabe cada vecino  
lo mucho que usted se afana  
en no tener de cristiana  
mas que el bautizar el vino?  
Mírese usted sus facciones  
en un espejo cualquiera:  
ni al diablo sirven siquiera  
para malas tentaciones.
- CONG.** Oiga usted.
- ESTELA.** Me he vuelto sord a.
- CONG.** ¿De dónde sale el dinero?
- UN BEB.** Fuera esa bruja.
- CONG.** No quiero,  
que he de decir la gorda.  
¿Con qué comercio ganó  
ese rango que sostiene?  
¿Que diga de dónde viene  
ó qué madre la parió!
- ESETLA.** ¿Quién me pario? No lo sé:  
pero no pase usted afan,  
que al verme, todos dirán  
que no me ha parido usted.  
Y gano tanto dinero,  
que allí donde yo me planto,  
por no querer ganar tanto  
tengo que decir: «no quiero»
- CONG.** Bicho insolente.
- ESTELA.** Azucena.
- CONG.** Viborilla.
- ESTELA.** Cuerpo bueno.
- CONG.** Te he de estrujar el ven eno.
- ESTELA.** Vaya usted en hora buena.
- CONG.** Ya te contaré yo un cuento.
- CORO.** Fuera la bruja.
- CONG.** ¡Canario!  
Yo contaré al vecindario  
por qué no quiere al Sargento.
- VIZC.** Vamos tras ella á saber

- (Al Marqués.) qué dice; tengo sospecha...  
CONG. Veremos si de esta hecha  
te privaré de vender.  
ESTELA. Vaya usted á inventar primores.  
VIZC. Á ver qué cuenta esa fiera.  
CONG. Yo lo diré. (Gritando y yéndose.)  
CORO. ¡Fuera! ¡fuera!  
CONG. Si, señores, si, señores.  
(Vase seguida de varios de los nobles.)  
PACH. Bien, Lucia, el enemigo  
se ha retirado en derrota:  
¿y qué dirá esa marmota  
de tí?  
BARB. No te importe un higo  
lo que diga.  
PACH. Bueno.  
BARB. Ahora  
á cenar todos.  
PACH. Corriente,  
vaya hácia arriba la gente  
y á la mesa, que ya es hora.  
Hoy hay cena de archipreste,  
buen jamon y buenas truchas;  
y muchas perdices, muchas,  
y un ganso, inas grande que este.  
(Poniendo la mano sobre el Baron.)  
BARB. (¡Hasta estel...)  
PACH. Tú cuidarás (Á Bárbara.)  
de colocarme con arte  
donde yo pueda mirarte.  
BARB. Hombre, ya me mirarás.  
PACH. Barbarita, no te enfades,  
deja que al verte me hechice.  
SARG. Barbarita, ¿qué te dice  
tu esposo?  
BARB. Barbaridades.  
PACH. Ea, ya se *puede* poner  
en marcha *too el regimiento*,  
y yo delante; Sargento,  
dá tú el brazo á mi mujer.  
(Salen todos menos Estela, por la escalera que con-  
duce arriba al interior.)

## ESCENA VIII.

ESTELA.

Qué agitacion tan eterna  
y qué tropel de emociones,  
bajar desde los salones  
de un palacio, á una taberna:  
allí el lujo, aquí la hez,  
allí todo lo elegante,  
aquí la lucha punzante  
que ruboriza mi tez.  
Un noble Baron allí  
tan necio como opulento,  
aquí, un pobre Sargento  
cuya alma vá tras de mí,  
y sin alcanzar siquiera  
un consuelo á su dolor,  
espira el pobre de amor,  
por la humilde tabernera.  
Y la suerte siempre avara  
separa á su amada de él...  
¡pobre Sargento Daniel!  
¡pobre Estela de Fuenclara!

## ESCENA IX.

DICHA, el BARON.

BARON. Gracias á Dios que nos vemos  
sin testigos.

ESTELA. ¿Pues qué hay?

BARON. ¿Cómo que hay? Eso es  
lo que os iba á preguntar.

ESTELA. Conque solo me buscabais  
para saber...

BARON. Claro está;  
yo me quedé aquí por vos,  
porque podía ganar  
la frontera...

ESTELA. Y no lo hicisteis.

por miedo del cardenal,  
y el miedo os detuvo aquí.  
BARON. Puede que sea verdad,  
no recuerdo pormenores.  
¿Pero cuánto ha de durar  
este estado?

ESTELA. Qué sé yo.

BARON. Es que estoy hecho un caiman;  
Señor, ¿qué gobierno es este  
que dura una eternidad?

ESTELA. Lo que más urge, es que ahora  
os vayais á averiguar  
lo que cuenta en daño nuestro  
esa mujer infernal.

BARON. Teneis razon, ya es de noche,  
y entre la turba...

ESTELA. ¡Holgazan!

(Cambiando de tono.)  
Á ver si obedeces pronto.

BARON. Vaya un tono desigual.

(Vé al Sargento que baja.)

¡Ah! que está el Sargento.

ESTELA. ¿Lo oyes?

Vivo, ó te voy á plantar  
de patitas en la calle.

BARON. Voy.

ESTELA. Voy, pero nunca vas.

(Váase el Baron por el foro.)

## ESCENA X.

ESTELA, el SARGENTO.

SARG. (Sola por fin la cogí  
y era ya tiempo, pardiez,  
de decirle de una vez  
todo lo que tengo aquí.)

ESTELA. (Trataré de ver si evito...)

(Vá á sentarse detrás de una mesa, cogiendo un  
cuaderno, como quien repasa cuentas.)

Hola, Daniel; no vá usted  
á la mesa?

- SARG. No.
- ESLELA. ¿Por qué?
- SARG. Porque no tengo apetito.
- ESTELA. Pues si falta usted á la cena le van á llamar uraño.
- SARG. Hay horas en que hace daño la felicidad ajena.
- ESTELA. Esta mañana he provisto de vino, y estoy temblando de sacar cuentas hablando.
- SARG. Pues me siento aqui y no chisto. (Mal que te pese, hablarás aun cuando yo pierda el tino.)  
(Se sienta en la mesa donde habian estado los nobles y empieza á beber.)
- ESTELA. (Vá á emborracharse.)
- SARG. Buen vino.  
(Llena otro vaso. Estela lo tira.)
- ESTELA. Basta, no se bebe mas.
- SARG. ¿Qué es eso, me desafías?  
Trae acá el vino.
- ESTELA. No quiero.
- SARG. Lo pido por mi dinero.
- ESTELA. No diga usted tonterias.
- SARG. ¿Conque delante de tí no puedo hablar ni beber?
- ESTELA. No señor.
- SARG. ¿Pues qué le de hacer?
- ESTELA. Siéntese usted, y quieto ahí.
- SARG. Lucia, por compasion, escúchame una palabra.
- ESTELA. ¡Jesus! (Como sacando cuentas, impaciente)
- SARG. Déjame que te abra una vez mi corazon, no quieras que me consuma sin escucharme siquiera; tengo en el alma una hoguera.
- ESTELA. Ya he equivocado la suma.
- SARG. ¿Me quieres desesperar?
- ESTELA. No señor, que voy á oír; ¿qué tiene usted que decir?
- SARG. Que te adoro á mi pesar.

**MUSICA.**

**ESTELA.**

¿No sabe usted,  
señor Daniel,  
que yo en amor  
no doy cuartel?

Que yo soy mujer  
que no amé jamás?

**SARG.**

Ten, por Dios, Lucia  
de mi amor piedad.

**ESTELA.**

Yo no probé,  
yo no sentí,  
de una pasión  
el frenesí.

Libreme la Virgen  
de tan grave mal.

**SARG.**

Ese mal sería  
mi felicidad.  
Cuando aquí entré y te ví  
á mi pesar el alma  
se fué detrás de tí;  
yo quise huir veloz,  
y el aire me faltaba  
faltándome tu voz.

Si comprender  
puedes mi amor,  
ten ¡ay! piedad  
de mi pasión.

La hoguera de mi alma  
su valla reventó.

**ESTELA.**

No oí jamás  
hablar así;  
¡qué bonitas cosas  
sabe usted decir!  
Pero no mas,  
no mas por hoy.  
(Toda mi alma  
estremeció.)

**SARG.**

¿Me dejarás al menos  
mañana continuar?

- ESTELA. Depende solamente  
de su docilidad.
- SARG. Impónme lo que quieras  
y te obedeceré,  
mas galardón no quiero  
que el de poderte ver.
- ESTELA. Si tal empeño tiene  
en no salir de acá,  
permítame siquiera  
que pueda trabajar.
- SARG. Cuanto te plazca  
puedes hacer,  
y si tú quieres  
te ayudaré.
- ESTELA. Pues con permiso,  
señor Daniel,  
una madeja  
devanaré.  
¿Dónde la pongo  
que vaya bien?  
(La coloca en una silla.)  
Esto es muy ancho.
- SARG. Yo la tendré. (Tomándola.)  
Si Hércules hiló la rueca  
por quererlo una mujer,  
me parece que un sargento  
devanar podrá también.
- ESTELA. Esos brazos están altos.
- SARG. Yo los brazos bajaré.  
(Los baja hasta que se arrodilla.)
- ESTELA. Tanto y tanto irán bajando  
que á llegar van á mis pies.
- SARG. Niña, de hinojos  
déjame estar  
viendo tus ojos,  
viendo tu faz.  
No extrañes, niña,  
si el que es mortal  
al ángel bueno  
su culto dá,
- ESTELA. Señor Sargento,



formalidadi,  
que á fuer de atento me  
me sonrojais.  
Alzad del suelo,  
por Dios, alzad,  
que la madeja  
se vá á enredar.

### HABLADO.

ESTELA. Á ver si tiene usted juicio,  
que esto ya pasó de raya.

SARG. Si no puedo, hija; tu  
me saca el alma de quicio.

ESTELA. Qué me enfadó.

SARG. Será en vano:

dame tu mano hechicera;  
de sargento á tabernera  
no media mas que la mano.

ESTELA. No hay mano ni pié.

SARG. Mi bien,  
paga mi amorosa llama.

### ESCENA XI.

DICHOS, BARBARITA, desde lo alto de la escalera.

BARB. Sargento, Pachorra os llama.

SARG. Maldita seas, amen!

BARB. Que os quiere hablar con urgencia.

SARG. Voy. No me hagais sufrir mas,  
Lucia, porque tendréis  
un sargento en la conciencia.  
(Váse hácia arriba.)

### ESCENA XII.

BARBARA, ESTELA.

ESTELA. Bárbara, yo quiero irme  
hoy de esta casa.

- BARB. ¿Por qué?  
¿Os han dado algun motivo?
- ESTELA. ¿No lo adivinas, mujer?
- BARB. ¿Temeis acaso al Sargento?
- ESTELA. Bárbara, no es á Daniel  
á quien temo, sino á mí.
- BARB. Es verdad, ya sé lo que es;  
parece que tiene liga  
en la gorra de cuartel.
- ESTELA. Debo irme.
- BARB. En fin, de eso  
ya trataremos despues.  
Aqui teneis una carta  
que os acaban de traer.
- ESTELA. De mi hermano, fecha de hoy.  
«Sé que vives resguardada (*Leyendo.*)  
en una noble morada.»  
Si supiera donde estoy... (*Representando.*)  
«Mi amigo el conde de Uria (*Lee.*)  
es el que me ha informado.»  
Es noble, nos ha guardado (*Representando.*)  
el secreto. «Estela mía, (*Lee.*)  
por Dios, pase lo que pase,  
que el decoro no padezca  
ni la clase desmerezca...»  
Válganos Dios por la clase. (*Representando.*)  
«Ten cuidado, hermana mia, (*Lee.*)  
hasta que estos tiempos cesen,  
porque si á ti te prendiesen  
yo mismo me entregaria.»  
Lo haria como lo dice, (*Representando.*)  
le conozco.
- BARB. Guardad eso,  
que creo que viene alguno.
- ESTELA. Es el Baron.

### ESCENA XIII.

DICHAS, el BARON, azorado.

- BARB. Yo estoy muerto.  
Hoy nos prenden.

- ESTELA.** ¿Qué decis?
- BAR.** Que hoy nos prenden sin remedio.
- ESTELA.** ¿Pero qué ocurre? explicaos.
- BAR.** ¿Qué ocurre? que anda revuelto todo el barrio y hay corrillos, y no nos queda ni un resto de salvacion, ¡perra suerte!
- ESTELA.** Hasta ahora no comprendo...
- BAR.** ¿No comprendéis? pues vereis cómo lo vais comprendiendo. La tia Congojas, pues, esa furia del infierno, despues de largar aquella andanada de denuestos, salió á la calle seguida de aquellos nobles, de aquellos que estaban allí.
- ESTELA.** Adelante.
- BAR.** Como ellos son perros viejos no se tragaron la píldora de que vos fuerais del pueblo, y á medida que ella hablaba ellos iban recogiendo datos, de cuyas resultas el resultado es funesto.
- ESTELA.** Pero bien, ¿en qué se fundan?
- BAR.** En que teneis mucho ingenio, en que seguis rehusando la mano de ese Sargento, y al reunir estos datos dijeron; «aquí hay misterio.» Y entonces, el Marquesito, que olfatea muy de lejos, pensando en mi parecido, y en que el dia del suceso yo me debia casar con vos, exclamó: «pues ciertos son los toros,» y estos toros son los que busca el gobierno. Se juntó gente en seguida, empezó á cundir el eco y á reunirse alguaciles,

y á andar el *rum rum* creciendo,  
y yo á correr reventado  
á referir el suceso.

ESTELA. Y bien, ¿qué hacemos ahora?

BARB. Canastos, el caso es serio.

ESTELA. Yo por mí no temería.  
ni la prision ni el encierro.  
¡pero mi hermano! ¡mi hermano!

BARB. Y yo que corro igual riesgo,  
porque el ministro en su rabia  
vá á retorcerme el pescuezo.

ESTELA. No habrá medio de salvarnos?

BAR. No hay mas que uno, uno ó muertos.

ESTELA. Decidlo pues.

BAR. Que ahora mismo  
os caseis con el Sargento,  
y desvanecais de un golpe  
tobas las sospechas.

ESTELA. Cierto.

¿Y vos me lo aconsejais?

BARB. Me parece que el momento  
no es para andarse en escrúpulos.  
Lo primero es mi pellejo.

ESTELA. (¡Miserable!)

BARB. De esta suerte  
salimos del paso ilesos:  
y no hay que darle mas vueltas,  
porque no nos queda tiempo.

## ESCENA XXI.

DICHOS, el SARGENTO, bajando de abajo en dirección á la escalera.

SARG. Adios, Lucia.

ESTELA. Daniel,  
una palabra en secreto. (Le habla bajo.)

SARG. De verdad?

ESTELA. Ahora mismo.

SARG. ¿Sabes, hija, que me has puesto  
que no.. que no puedo hablar?

ESTELA. Pronto, muy pronto.

- SARG. En un vuelo.  
(Al salir se encuentra con Bárbara, la coge por la cintura y la hace dar una vuelta.)  
Arriba, chica.
- BARB. Reloco.
- SARG. Fuera del paso, zopenco.  
(Al Barón, que le dá un puntapié y que cae.)
- BAR. ¡Bárbaro! para alegrarse  
creo que me ha roto un hueso.  
(Estela llora. Bárbara se le acerca.)
- BARB. ¿Llorais?
- ESTELA. Sí; pobre Daniel,  
él que es tan noble y tan bueno  
y me ama tanto, yo en pago  
voy á desgarrarle el pecho.
- BAR. Que ya viene. Si preguntan  
por mí, que estoy en paseo.  
(Se esconde debajo de la mesa.)

## ESCENA XV.

DICHOS, la TIA CONGOJAS, seguida de una ronda de ALGUACILES, PACHORRA y los CONVIDADOS, bajando de arriba.

- CONG. Aquí la teneis, señores;  
y que conteste cualquiera  
si conoce taberna  
que gaste tantos primores:  
sí, señores, yo que cuento  
sesenta años de ejercicio,  
no le he sacado al oficio  
apenas para el sustento.  
Y ese trasto, que ha venido  
á tratarme á mí de *plepa*,  
triunfa sin que se le sepa  
padre, hermanos ni marido.

### MUSICA.

CORO DE ALG. (Dirigiéndose á Estela con cierta solemnidad cómica.)

Responded,  
contestad  
á lo que la justicia  
os viene á interrogar.

ESTELA.  
Quién sois vos  
nos direis,  
bajo severas multas  
impuestas por la ley.  
¿Quién soy yo?  
¿No lo veis?  
Soy una tabernera  
que á todos trato bien,  
y no sé  
qué razon  
habrá para que usen  
conmigo tal rigor.

ALGS.  
Debeis ser  
algo mas,  
segun de sus indicios  
deduce el Cardenal;  
y no deis  
en fingir,  
pues ante la justicia  
es vano todo ardid:  
la menestrala aqui presente  
declara pestes contra vos,  
y dá por falsa la patente  
con que ejerceis la profesion.  
Como el gobierno siempre cela  
por el decoro del poder,  
y hoy se conspira á toda vela,  
por un si acaso se os vá á prender.

ESTELA.  
CORO.  
¿Prenderme á mí? ¿por qué?  
Por órden en justicia  
se debe proceder:  
en chirona  
la persona,  
y el por qué  
vendrá despues.  
Vuestro nombre y estado  
hay que saber.

## ESCENA XVI.

DICHOS, el SARGENTO, seguido de un ESCRIBANO y tres ó cuatro SOLDADOS.

- SARG. Es su nombre Lucia,  
y es mi mujer.
- TODOS. ¡Su mujer!
- SARG. No tiene aquí la ronda  
nada que ver.
- ALGS. (Á la tía Congojas.)  
Ya la oís;  
contestad,  
porque ella de calumnia  
os puede demandar.
- CONG. No es verdad,  
no es verdad.
- SARG. Aquí viene el contrato  
y lo vereis firmar.
- ALGS. Pues señor,  
esto ya  
es cosa que concierne  
al fuero militar,  
y hay aquí  
precision  
de celebrar capítulo  
incontinenti, *ad hoc*.  
Por providencia primera  
ver si la firma es veraz.
- SARG. Firmo, Daniel Monteorgaz.
- ESTELA. Lucia la tabernera.  
Todo peligro  
ya conjuré,  
y ahora mismo  
voy á huir de él.  
De mi nobleza  
llano el deber:  
dile algun dia  
que yo le amé.
- BARB. Si de su lado  
huir quereis,

con vos, señora,  
huyó tambien.  
No os abandono,  
y amiga fiel  
al fin del mundo  
yo os seguiré.

SARG.

Mi dicha apenas  
puedo creer,  
era mi vida,  
era mi bien.  
Si vivo al daros  
ella su fé,  
es porque á nadie  
mata el placer.

BARON.

De puro miedo  
no sé qué hacer,  
debi meterme  
dentro un tonel.  
No será fácil,  
si salgo bien,  
que yo conspire  
segunda vez.

PACH.

Lo que aqui buscan  
no entiendo á fé,  
tanta golilla  
qué viene á ser.  
Como se metan  
con mi mujer,  
de cada palo  
derribo á diez.

CORO.

Era soltera,  
ya no lo es,  
este es un caso  
nuevo en la ley.  
Y en este trance  
para obrar bien,  
á entrambos cónyuges  
hay que prender.

Por si en la casa hubiera  
algun conspirador,  
á todos declaramos  
sujetos á prision.



SARG. Señores, mi paciencia  
se apura, vive Dios,  
y sobre sus costillas  
les tocaré el tambor.

CORO. Somos le ronda,  
daos al rey.

SARG. Soy yo algun manco,  
voto á Libélula,  
Ya que no salen  
de bien á bien,  
ya haré que salgan  
á puntapiés.

PACH. Yo con la estaca  
te ayudaré.

PACH. y SARG. Aquí que no peco,  
dad, dad.  
Estacazo limpio,

mas, mas,  
ALGS. Dense á la justicia,  
paz, paz.

Sálvese el que pueda.  
¡Ay, ay!

(Arremeten Daniel, soldados y mozos contra la rouda, y salen revueltos luchando por la puerta del fondo.)

ESTELA. Adios, mansion, te dejo  
para no verte mas,  
trozos del alma  
quedan acá.  
Lleva un vacío  
el pecho mio  
que el mundo entero  
no llenará.

(Vánse ella, Bárbara y el Baron por el portillo del callejon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del primer acto.

### ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon entran por la puerta del foro el BARON,  
al que siguen impacientes los CORTESANOS.

**CORO.** Mil parabienes, señor Baron,  
ya la tormenta se dispó,  
cayó Alberoni: gracias á Dios,  
ya es toda nuestra la situacion;  
nuestra victoria cantefnos hoy,  
ya que el coloso se desplomó,  
pues nos alumbra un nuevo sol,  
soltemos riendas á la expansion.

**BARB.** Sí, amigos míos, al fin llegó  
la suspirada reparacion.

**CORO.** Un puesto en el consejo  
se os debe de rigor,  
que al fin sois una víctima  
de aquella situacion.

**BARB.** Señores, sin modestia  
lo mismo opino yo.  
Inflexible en mis principios  
la desgracia soporté  
relegado al ostracismo  
como un mártin de mi fé,

y entre la bárbara persecucion,  
mi fé política no vaciló:  
y ó no hay justicia en nuestra tierra,  
hoy que los nuestros ganando van,  
ó en el reparto de las poltronas  
lo menos una me ha de tocar.

**CORO.** Nada mas justo que el rey atienda  
á tan probada capacidad.

**BARON.** De mis estudios.saco yo en limpio  
que al pobre pueblo le aguan el vino.

**CORO.** En todas partes hacen lo mismo.

**BARON.** Pues yo hasta ahora no lo he sabido,  
y esa mezcla mal sana y adúltera,  
que rebaja del vino el valor,  
asesina la industria vincula,  
de la cual quiero ser protector:  
el arte agrícola florecerá,  
las cajas públicas se llenarán,  
raudal benéfico será el poder  
si en el pináculo me llego á ver.

(El Coro repite esta frase ó estribillo.)

**BARON.** De muchos prójimos supe tambien  
que á los que sirven dan puntapiés.

**CORO.** Cuando son torpes bien se ha de hacer.

**BARON.** Pues es mal hecho, voto á Luzbel,  
es preciso estirpar esos hábitos  
que revelan un mal corazon,  
y tratar con esmero solícito  
desde hoy mas á la clase inferior,  
y el pueblo mísero con este plan  
cultura práctica aprenderá:  
raudal benéfico será el poder  
si en el pináculo me llego á ver.

---

#### HABLADO.

**CABALL.** ¿Qué fué de vos desde el dia  
que os fugasteis de repente?

**BARB.** Prepararme eficazmente  
estudiando economia.  
Si nuestro monarca agosto

quiere al poder elevármè,  
¿qué he de hacer? Sacrificarme  
y aceptar, contra mi gusto.  
Con un trimestre de ayuno  
pude escapar de mi trance;  
yo haré que el ayuno alcance  
un poquito á cada uno.  
Si yo la cartera cojo,  
un desmoche general,  
le probaré al Cardenal  
que tengo sangre en el ojo:  
y así que toda mi saña  
consiga satisfacer,  
me dedicaré á hacer  
la felicidad de España.

CABS. Si vuestra oferta cumplis,  
el país á voz en grito...

BARON. ¡Pues si yo me despepito  
es por el bien del país!  
Yo ahorcaré al cardenal  
porque el país lo desea;  
lejos de mí toda idea  
de venganza personal.

CABS. Y bien, Baron, cuando ya  
os halleis en el poder,  
nos podemos prometer  
los amigos...

BARON. Claro está,  
yo no haré como los otros,  
que os olvidan.

CABS. Ya lo ois.  
(Dirigiéndose á los demas.)

BARON. Antes que todo el país,  
pero primero nosotros.

CABS. Todos vuestros.

BARON. Persuadios

que yo daré el galardón  
á esa heroica abnegación  
con que os haceis todos míos.

(Vánse los Caballeros saludándole con efusión.)

ESCENA II.

BARON, luego el CONDE, el MARQUES y el VIZCONDE.

BARON. Cuán hondamente les hiere  
mi voz cuando les arengo,  
yo no sé qué estrella tengo,  
que todo el mundo me quiere.

CONDE. Adios, querido Baron.

BARON. Respetable Conde y dueño.  
Señores.

CONDE. ¿Qué tal estais?

BARON. Siempre sumiso y dispuesto...

CONDE. Sabeis que nuestro Baron (A los otros.)  
se me ha vuelto en este tiempo  
un completo calavera?

MARQ. } ¿El Baron?  
VIZC. }

CONDE. Ni mas ni menos:  
el tunante me ha contado  
que ha pasado el cautiverio  
en casa de cierta ninfa  
bailarina.

MARQ. ¡Qué embustero! (Al Vizconde.)

CONDE. Con quien abrigo sospechas  
de que anduvo en galanteos.

BARON. Los ímpetus juveniles.

CONDE. Si no me enfado por eso:  
es cierto que al separarnos  
me dejasteis descontento,  
temiendo que os humillarais...

BARON. Humillarme yo, primero...

CONDE. Ya lo sé, os habeis portado  
con dignidad, y por eso  
acabo de disponer

que esta noche tenga efecto  
vuestra boda con mi hermana.

BARON. ¡Cuánta bondad!

CONDE. Justo premio,  
debido al carácter que  
mostrais en los contratiempos,

soportando la desgracia,  
muy noblemente por cierto.

BARON. Eso si, muy noblemente.  
VIZC. (El Conde por lo que veo (Al Marqués.)  
está en ayunas de todo  
lo que ha pasado.)

MARQ. Silencio. (Al Vizconde.)

VIZC. ¿En dónde ha estado la hermana?

CONDE. En la casa de recreo  
de una marquesa su amiga,  
que conoció allá en el pueblo,  
en medio de flores y agua...

BARON. (Ó vino.)

CONDE. Su cautiverio  
le probó mejor que el mio;  
ellas en oliendo incienso...

BARON. (Yo creo que aun huelo á mosto.)

CONDE. Conque amigos míos, cuento  
con vosotros á la hora,  
que no falteis.

MARQ. ¡Por supuesto!

(El buen Conde si que está (Al Vizconde.)  
tocando el violon y recio.)

VIZC. Nos iremos á vestir  
y volvemos.

CONDE. Hasta luego.

### ESCENA III.

BARON, CONDE.

BARON. (Gracias á Dios que se van,  
sudores me dan de verlos.)

CONDE. ¿Os encuentro distraido  
Baron, qué os sucede?

BARON. Nada.

CONDE. Vuestra sílfide encantada  
os tiene un poco sorbido.  
¿Era guapita, eh?

BARON. Divina.

CONDE. Pues cuidado, porque Estela  
es muy lista, que no huela...

- BARON. ¿Qué?  
CONDE. Lo de esa bailarina.  
Tratad de ser muy discreto,  
porque ya veis que ese asunto...  
BARON. No temais, sobre ese punto  
la domino por completo.  
CONDE. Mas vale asi.  
BARON. Descuidado  
estad.  
CONDE. Y vos prevenido. -  
(Este chico se ha crecido.)  
BARON. Ella viene.  
CONDE. Pues cuidado.

### ESCENA IV.

DICHOS, ESTELA y BÁRBARA, de la puerta derecha.

- CONDE. Querida hermana, adelante.  
BARON. Bella prima...  
ESTELA. Adios, Baron.  
BARON. Sois un rayo de ilusion,  
un ángel.  
CONDE. (Pon buen semblante.)  
(Bajo á Estela.)  
ESTELA. Gracias, primo.  
BARON. Prima mia,  
se acerca por fin la hora  
en que un alma que os adora  
pueda deciros, Lucia...  
(Pasando delante del Conde de manera que este que-  
de pegado á su izquierda.)  
CONDE. Torpe. (Dándole un tiron del cascón.)  
BARB. (Necedad mas pingüe.)  
BARON. ¿Qué hay? (Volviéndose al Conde.)  
CONDE. Que la habeis llamado  
Lucia.  
BARON. ¿Si? no he notado;  
habrá sido un lapsus lingüe:  
sabe ella que me embeleso  
al ver mi dicha vecina.  
CONDE. (Eso es que la bailarina

le tiene sorbido el seso.)

ESTELA. Mucho agradezco, Baron,  
una honra tan señalada,  
aunque no entre para nada  
en la boda el corazon:  
vos insistis en la boda?

BARON. Insisto con mayor fé.

ESTELA. Valiente sois.

BARON. Como que  
soy de pura raza goda.

CONDE. Vamos, por una friolera  
no debe haber desazon,  
ya ves, una distraccion  
la puede tener cualquiera:  
yo intercedo porque sé  
que al fijar tu porvenir  
como noble has de cumplir.

ESTELA. Como mártir cumpliré.

BARON. Esos desdenes crueles  
me matan, prima.

ESTELA. Lo siento.

CONDE. Vamos, basta, no es momento  
para que te desconsueles.  
¿Á qué tanto desentono  
por una equivocacion?  
ya que te pide perdon  
perdónale.

ESTELA. Le perdono.

CONDE. Baron.

BARON. ¿Conde?

CONDE. Si quereis  
ver las capitulaciones,  
allí estan, pocos renglones,  
pronto enteraros podeis.

BARON. Bien estan.

CONDE. Es de rigor  
que las leais.

BARON. Siendo así...

(El Baron vá á sentarse al velador de la izquierda de espaldas al Conde y á Estela, esta unos momentos antes habiá ido á sentarse á la silla de la derecha de la mesa que habrá en la derecha de la escena, abismada



en sus reflexiones; el Conde al ver al Barón ocupado se acerca á la mesa en que está reclinada su hermana.

CONDE. Estela, ¿qué pasa en tí  
que tienes tan mal humor?

ESTELA. Si no lo puedo fingir.

CONDE. ¿Te ha enseñado á ser bravia  
tu tía?

ESTELA. Mi noble tía  
me ha enseñado á no mentir.

CONDE. Pues cuida que no desdiga  
en nada su proceder  
de tu nobleza y deber.

ESTELA. Ya sé que nobleza obliga,  
mas te ruego...

CONDE. Basta ya,  
y obra cual obran las damas,  
haciendo ver que le amas.

ESTELA. No puede ser.

CONDE. Pues será.

(Con resolucion, dando un puñetazo en la mesa. Á este golpe el Barón se levanta distraido, se echa el pañuelo de sonar que tenia al lado sobre el hombro y corre presuroso al Conde.)

BARON. Voy.

CONDE. ¿Adónde? (Volviéndose.)

BARON. ¿Qué?

CONDE. Tancredo,

¿qué distraccion teneis hoy?

Dijisteis voy.

BARON. ¿Dije voy? (Desconcertado.)

pues ya no voy, que me quedo.

(Maldita reminiscencia.)

(Se vuelve á su puesto.)

BARB. ¡Qué torpe es el angelito!

CONDE. Vamos, hija, yo te invito

á que tengas indulgencia:

el pobre, al ver que te ablandas,

tiene con el alborozo

unas salidas de mozo

de café.

BARB. (Cerca le andas.)

CONDE. Vé á vestirme, y haz de modo

de estar bella.

**ESTELA.** Si es en vano.

**CONDE.** ¿No sabes tú que tu hermano quiere tu bien sobre todo?

**BARON.** Nada falta: si hoy consigo (Levantándose) el premio de tanto amor...

**ESTELA.** Dejádme.

**CONDE.** (Será mejor que me le lleve conmigo, porque Estela aun tiene trazas de moverle otra querella, y si le dejo con ella me le vá á dar calabazas.)  
Venid conmigo un momento á escoger Rin y Jerez.

**BARON.** Voy. (Por fin alguna vez voy á estar en mi elemento.)

(Vánse el Conde y el Baron por la puerta del fondo.)

## ESCENA V.

**ESTELA, BÁRBARA.**

**ESTELA.** ¡Habrá estrella mas tirana que la que el cielo me dió!

**BARB.** Señorita, usted se afana por no plantarse en un no, porque no le dá la gana: su hermano el Conde á su modo empeña su vanidad en dárla un rico acomodo.

**ESTELA.** Mi hermano me lo dá todo menos la felicidad.

**BARB.** Para un sacrificio así ¿puede haber razon alguna en cielo ni tierra?

**ESTELA.** Si, los deberes de la cuna, que no te obligan á tí.

**BARB.** Pues si un deber tan cruel la nobleza no lo allana con su fausto y su oropel,

bendito sea el dinte!  
de mi choza castellana,  
que si pobre me crió  
me libró de esa camorra,  
y en cuanto se me antojó  
ví á Pachorra y me gustó  
y me casé con Pachorra.  
¡Y qué perdido andará  
el pobrecito sin mí!

ESTELA. Bárbara, vuélvete allá,  
déjame sola.

BARB. ¡Pues ya!  
para que yo os deje así  
decid que busquen ardido  
de hácerme á mí ese atropello,  
y veremos, voto al Cid,  
si antes de pasar por ello  
le pego fuego á Madrid.

ESTELA. ¡Ay, Bárbara! tu razón  
no alcanza el mal á que cedo:  
en tu pobre condicion  
puedes tener corazón,  
y yo le tengo y no puedo.  
La sociedad en que aliento,  
que de reirse no cesa,  
no conoce el sentimiento  
ni admite que una condesa  
se enamore de un sargento.  
Que mientras maldecirá  
mi memoria justamente,  
conmigo su imágen vá  
y vive aquí mas presente  
cuanto mas ausente está.  
Llevo su memoria escrita  
en el libro de mi fé,  
como una ilusion bendita...

BARB. Recáscaras, señorita,  
y qué bien lo parla usted.

ESTELA. Tú no puedes remediar,  
Bárbara, mi padecer,  
vuélvete pues á gozar  
la paz del alma en tu hogar.

¡Si yo pudiera volver!  
BARB. ¿Dejarla á usted ansina? ¡pues!  
Aunque tuviese modorra  
mi marido todo un mes  
no iría, tiempo hay despues  
de contentar á Pachorra.  
ESTELA. Déjame que en galardón  
del cariño recibido  
te abrace con efusion,  
tienes muy buen corazón.  
BARB. Si señora, y buen marido.  
(Váuse Bárbara hácia el cuarto izquierdo, Estela  
hácia el derecho.)

### ESCENA VI.

ESTELA y BARON, del fondo.

BARON. Una palabra, primita,  
traigo otro susto.  
ESTELA. ¿Qué hay?  
BARON. Se le ocurrió á vuestro hermano  
mandarme á casa á buscar  
unas botellas que tengo  
de Rin y de Frontiñan.  
¡Por fortuna iba en mi coche,  
que si no Dios de Abraham!  
ESTELA. ¿Qué ocurrió?  
BARON. Que iba trotando  
por la calle de Alcalá  
tan arrellanado y sério,  
con aquella gravedad  
propia de hombres importantes  
á quienes se vá á llamar:  
y en efecto me han llamado.  
ESTELA. ¿Para ser ministro?  
BARON. ¡Cá!  
El que me llamaba era  
una voz descomunal,  
que entró por la portezuela,  
gritando á todo gritar  
Pepillo, Pepillo, para.  
ESTELA. ¿Quién era?

BARON.

¿No adivinais?

El condenado Sargento,  
que emprendió á correr detrás  
del carruaje como un perro,  
y yo á fuerza de encargar  
al cochero que arreará,  
he conseguido llegar  
veinte pasos antes que él,  
veinte pasos nada mas.  
¡Daniel aqui!

ESTELA.

BARON.

No, señora,

no está ya aqui, no temais,  
yo he evitado la catástrofe  
con un recurso.

ESTELA.

¿Con cuál?

BARON.

Con decir á los porteros,  
ved que siguiéndome vá  
un Sargento que está loco,  
que no le dejéis pasar.  
Y me subí y llegué arriba  
cuando él llegaba al umbral,  
y así que me he visto en salvo,  
me he quedado allí á escuchar.  
Pepillo, Pepillo, espera,  
que te voy á dar un real  
para echar un trago. ¡Oh mengual  
Y ya se vé, los de acá  
le detuvieron el paso:  
él se obstinó en porfiar.  
Llegaban los convidados,  
se hizo corro, y cuantos mas  
detalles dió sobre mi  
historia particular,  
mas dijeron al oírle,  
¡pobre mozo, loco está!  
Ya vereis entre los nuestros  
qué risa vá á haber.

ESTELA.

Jamás

seré yo cómplice de  
semejante iniquidad,  
(¡Pobre Daniel!) (Vase á su cuarto.)

## ESCENA VII.

BARON.

Pues señor  
esto me empieza á escamar,  
cuando mi gracia no le hace  
gracia, por algo será.

## ESCENA VIII.

SARGENTO y PACHORRA subiendo por el balcon, uno despues de otro. PACHORRA presentará el aspecto de un hombre escualido y embobado.

- SARG. Vaya si le encontraré  
aunque le esconda el infierno.
- PACH. Dame la mano, Daniel.
- SARG. Vamos, hombre, anda ligero. (Dándosela.)
- PACH. No puedo, todas mis fuerzas  
me abandonan por momentos.
- SARG. Veremos, voto á mil diablos,  
si yo le saco del cuerpo  
adónde se la llevó.  
¿En qué piensas?
- PACH. En aquello.
- SARG. Haz corage, vive Cristo,  
y no te estés como un memo  
llorando por quien te deja.
- PACH. Qué quieres, eso vá en genios,  
yo la seguia lo mismo  
que el choto sigue al cencerro,  
y hoy que el cencerro me falta  
me falta á mí el fundamento.  
¿Pero, me quieres decir  
qué haremos aqui?
- SARG. ¿Qué haremos?
- PACH. Echar el guante á Pepillo.
- PACH. Pero hombre, vaya un empeño,  
si es un Baron, no es Pepillo,  
y opino que nos marchemos,

pues si nos hallan aqui  
nos van á azucar los perros.  
SARG. Le ví, te digo que era él,  
pero amigo, no hallé medio  
de hacerme franquear el paso;  
salí á la calle, resuelto  
á subir á toda costa;  
veo el jardin y te encuentro,  
escalamos las paredes  
y aqui estamos.

PACH. No seas terco,  
vámonos pronto á la calle,  
que nos van á poner presos.

SARG. Pues vete solo si quieres,  
ya he subido y no me muevo.

PACH. Bueno, iremos á la cárcel,  
qué mas dá.

SARG. Cuando recuerdo  
que él huyó tambien con ella...  
ya verás tú si le fuerzo  
á que de buen ó mal grado  
nos diga su paradero.

(Se ponen á pasear en direccion opuesta, Pachorra  
hácia la izquierda, Daniel hácia la derecha.)

PACH. ¡Ah mujeres!

SARG. ¡Ah mujeres!

PACH. Ya nunca mas las veremos.

(En este momento se abren las dos puertas de la de-  
recha y de la izquierda. Por la derecha sale Estela  
que viene á encontrarse frente de Daniel, por la de  
la izquierda, Barbarita que viene á salir frente á Pa-  
chorra. Al verlos respectivamente retroceden dos  
pasos Daniel y Pachorra azorados; Estela y Bárbara  
se quedan sobrecogidas y retroceden velozmente á  
sus habitaciones, volviendo á cerrar las puertas. To-  
do esto debe ser muy rápido.)

LOS CUATRO. ¡Ah!

DAN. y PACH. Es ella.

PACH. ¡Daniel!

SARG. ¡Pachorra!

PACH. ¡La has visto?

SARG. ¡Pues ya lo creo!

- PACH. Con su saya negra.  
SARG. No,  
si vá de blanco, camueso.  
PACH. Este vé lo negro blanco.  
SARG. Este vé lo blanco negro.  
PACH. Vá de negro.  
SARG. Vá de blanco.  
PACH. (Está incapaz.)  
SARG. (Está lelo.)  
PACH. Dónde habrá ido.  
SARG. No sé.  
(Pachorra vá á asomarse al balcon del fondo izquierda, y como si viese á Barbarita, despues del verso, se precipita de cabeza por él, mientras Daniel mirá cuidadosamente por el ojo de la llave por la puerta donde apareció Estela.)  
PACH. Ya la veo, ya la veo. (Se tira.)

### ESCENA IX.

- DANIEL y el CONDE, que saldrá por la puerta del fondo, despues de los ocho versos de Daniel.
- SARG. ¡Caracoles, qué redoble  
me estan tocando aqui dentro!  
y me he quedado temblando  
como si tuviera miedo.  
Pero, vive Dios, que ahora  
que la he visto, no la suelto.  
Voy la puerta á derribar  
aunque los diablos lo impidan.
- CONDE. ¿Calle, quién será este quidan?  
¿Qué hace usted aqui, militar?
- SARG. Buenas tardes.  
(Bruscamente y sin moverse del sitio.)
- CONDE. (¡Qué cinismo!)  
Mocito, vamos á ver...
- SARG. (Daniel yéndose á él decidido sable en mano.)  
Ó me dá usted á mí mujer  
ó le mato á usted, aqui mismo.
- CONDE. (Zambomba, este está loco.)
- SARG. Mire usted que no chanceo.



- CONDE. Bien, hombre, bien, ya lo veo,  
pero explíquese usted un poco.
- SARG. ¿Usted á dárme la se allana,  
si, ó no?
- CONDE. Si, hombre, si,
- SARG. Pues mire usted, está allí.
- CONDE. ¿En el cuarto de mi hermana?
- SARG. En ese.
- CONDE. (Cosa mas rara,  
vá picando mi interés.)
- SARG. ¿Su hermana de usted, quién es?
- CONDE. Doña Estela de Fuenclara.
- SARG. Pues no es esa.
- CONDE. Ya lo sé.
- SARG. Y si es usted el señor Conde,  
servirme le corresponde,  
que bien le serví yo á usted.
- CONDE. ¿Dónde y cuándo?
- SARG. El dia aquel,  
que el darle franca salida  
pudo costarme la vida;  
soy el Sargento Daniel,
- CONDE. ¿Usted es Daniel? Ya que aqui  
hallo tan grata visita,  
le suplico á usted que admita...  
(Sacando un bolsillo.)
- SARG. ¿Por quién me toma usted á mí?
- CONDE. Es verdad, yo cuidaré  
de que el rey honre su espada.
- SARG. Yo no necesito nada,  
soy tan noble como usted.
- CONDE. Tan noble cual yo, ¿por dónde?
- SARG. Aqui y del mundo á la faz,  
soy Daniel de Monteorgaz,  
nieta de un conde, muy conde.
- CONDE. Me alegre, y quiero saber  
qué desea usted que haga  
para que le satisfaga.
- SARG. Devolverme mi mujer.
- CONDE. Hombre, si yo la tuviera,  
con gran placer.
- SARG. Vá de dama,

y está allí dentro, y se llama  
Lucia la tabernera.

CONDE. ¿Tabernera? Por mi fé  
que no caigo por tal seña;  
pero ya que usted su empeña  
voy á complacerle á usted.  
(Vá y llama al cuarto de Estela.)

## ESCENA X.

ESTELA, CONDE, DANIEL.

CONDE. Sal, Estela, haz el favor.  
ESTELA. ¿Qué quieres, Conde?  
CONDE. ¿Hay alguna  
mujer contigo?  
ESTELA. Ninguna.  
CONDE. Lo estais oyendo. (Á Daniel.)  
ESTELA. (Valor.)  
SARG. Lucia, soy yo que os llamo.  
CONDE. ¿Qué dice?  
ESTELA. ¿Y quién sois vos?  
SARG. Soy Daniel.  
ESTELA. ¿Daniel?  
SARG. Por Dios,  
si comprendeis lo que os amo,  
no finjais de esa manera.  
CONDE. (Todo el mundo hoy desatina,  
aquel con la bailarina,  
este con la tabernera.)  
ESTELA. No entiendo... (Á Daniel.)  
CONDE. El que ves acá (Pasando.)  
es el Sargento Daniel,  
¿sabes? El jóven aquel  
que nos dejó escapar.  
ESTELA. Ah,  
ya caigo.  
CONDE. Ya vá cayendo. (Á Daniel.)  
SARG. (Dios mio, estaré yo loco.)  
Ved que soy yo que os invoco.  
¿Me comprendeis?  
ESTELA. Os comprendo.

En aquella noche fiera  
nos dejasteis escapar,  
y no os lo podré pagar  
tal vez como yo quisiera.

Pero á la madre que un día  
os dió el ser, que os ama fiel,  
yo la cuidaré, Daniel,  
como si fuese la mía.

Y yo iré á pedirle allí  
su bendicion para vos,  
para que al rogar á Dios  
ruegue por vos y por mí.

CONDE. (¡Cómo siente, pobrecilla!)

SARG. ¿No me debeis mas?

ESTELA. No sé  
que os deba mas. (Cortada.)

SARG. (¡Si seré

presa de una pesadilla!)

Pues bien, escuchad por Dios:

mi alma á una mujer adora,

que si no sois vos, señora,

tanto mejor para vos.

Porque si teneis conciencia

no la sentireis cargada

de un alma desesperada

que aborrece la existencia.

Vióse esta mujer que adoro

un día puesta en un brete,

y buscó en tornò un juguete

para salvar su decoro.

Fingiendo escuchar mi ruego,

en una taberna ruin

encontró el juguete al fin,

á mí, que la amaba ciego:

mostrándome buen cariz

me instó á que fuese su esposo,

y yo acepté mas dichoso

si con verla era feliz:

correr de un notario en pos

y firmar, fué un breve rato,

y así que firmé el contrato

huyó sin decirme adios.

¿Qué se hace á una mujer  
cuando nos deja sin vida?

CONDE. Se la mata.

ESTELA. Se la olvida,  
y es lo que debéis hacer.

SARG. ¿Que viva yo sin su amor?  
la muerte es menos cruel.

ESTELA. ¿Y por qué morir, Daniel?  
olvidadla, y es mejor.  
¡Y vuestra madre, que anhela  
abrazaros!

SARG. ¡Madre mia!

CONDE. Vamos, cualquiera diria  
que nos cuenta una novela.

SARG. ¡Es su voz! Si se burlara  
de mi dolor... Loco estoy.  
¿Sois Lucia?

ESTELA. No lo soy.

Soy Estela de Fuenclara.

(Váse por el foudo, y así que vuelve la espalda á  
Daniel, se le vé llorar amargamente.)

CONDE. ¿Conque la moza villana  
sin mas ni mas os plantó?

SARG. Si, señor.

CONDE. Pues os jugó  
una partida serrana;  
pero lo que yo no entiendo  
es que tomaseis á Estela  
por esa chusca mozuela.

SARG. Ni yo mismo me comprendo.

CONDE. ¿Hay alguien que no discierna  
sus distintas condiciones?

SARG. Como yo he visto barones  
que eran mozos de taberna...

CONDE. Por Dios, Sargento.

SARG. Un muñeco  
esta tarde encontré yo  
que en la taberna sirvió,  
un Baron de Troncosco.

CONDE. ¿Mi futuro hermano?

SARG. ¿Quién  
vá a ser su hermano?

CONDE. El Baron.  
SARG. Pues merece la eleccion  
un cumplido parabien.

## ESCENA XI.

DICHOS y el BARON, que se dirige atropelladamente al Conde.

BARON. Conde, el rey nos llama, y creo  
que nos van á hacer ministros.

CONDE. (Cogiéndole de la muñeca y trayéndole á la boca de  
la escena.)  
Venid, mirad á ese hombre.

BARON. (¡Zape!)

CONDE. ¿Dónde le habeis visto?

BARON. No caigo.

SARG. Vé lo que dices,  
porque si mientes te enristro.  
¿Dónde llevaste á Lucia?

CONDE. (Vuelta el otro á su estribillo.)

BARON. ¿Qué dice?

CONDE. Vos lo sabreis.

BARON. Si fuerais un igual mio...  
Conde, que el rey nos espera.

CONDE. Quiero antes poner en limpio  
lo que de vos dice ese hombre.

BARON. ¿Dice algo?

CONDE. Si, que habeis sido  
mozo de taberna.

BARON. ¡Yo!

¿Y cómo se ha atrevido...  
Conde, que el rey nos espera.

SARG. Y lo sostengo, y afirmo  
que te daba un puntapié,  
siempre que no andabas listo.

CONDE. ¡No es posible!

BARON. ¡Qué ha de ser!

CONDE. ¡Fuera indigno!

BARON. ¡Mas que indigno!...

Conde, que el rey nos espera.

SARG. ¡Cuánto vá á que le santiguo!

BARON. Eso es levantar calumnias

á la persona de un titulo  
con amenazas rateras,  
que yo repruebo y resisto.

(Daniel se habrá ido á la mesa de la derecha, mien-  
tras el Baron hablaba con el Conde, y dá un golpe  
en ella con decision.)

SARG. Vino, mozo.

BARON. Voy.

CONDE. ¿Qué es esto?

BARON. Que el rey me espera.

(Echa á correr por la puerta del fondo.)

CONDE. Os exijo...

SARG. Tomó tierra.

CONDE. Yo sabré  
la verdad de ese embolismo.

(Marchándose de prisa.)

SARG. Ya está patente el arcano.

Doña Estela era Lucia,  
y la que fué el alma mia  
vá á dar al Baron la mano.

Y he aquí la turbacion  
de doña Estela al hablarme,  
quiso de nuevo engañarme:  
¡si no tiene corazon!

#### MUSICA.

¡Ay! malhaya la hora infausta  
que sus negros ojos ví,  
que por darme luz un dia  
me dejaron ciego al fin.

Será la ingrata  
mi amor postrero,  
del alma mia  
la fé le dí,  
horrar su imágen  
del alma quiero,  
mas ¡ay! no puedo,  
la tengo aqui.

Mariposa fascinada  
es mi pobre corazon,

que al querer volar se abrasa  
en la hoguera de su amor.

Si al rudo esfuerzo  
del pecho herido,  
aborrecerla  
decido al fin,  
responde el alma  
con su gemido,  
vivir sin verla,  
será morir.

---

## ESCENA XII.

DANIEL y PACHORRA, de la puerta del jardín.

### HABLADO.

- PACH. ¡Ay Daniel, ahora si  
que sucumbo á mi desgracia!
- SARG. ¡Qué vil traicion!
- PACH. ¡Qué falacia!  
¿Quieres escucharme?
- SARG. Dí.
- PACH. Divisé á mi buena pieza  
en el jardín, y yo tonto,  
para alcanzarla mas pronto  
bajé al jardín de cabeza.  
Llegué á ella cariñoso,  
y le dije: mirame,  
monona. ¿Quién es usted?  
Soy Pachorríta, tu esposo.  
Ansiosa el alma de goce,  
me acerqué rodilla en tierra,  
y la grandísima perra  
dice que no me conoce.
- SARG. Es claro, la vanidad  
de dos nobles disfrazadas  
hoy sufre á nuestras miradas.
- PACH. ¿Qué me cuentas?
- SARG. La verdad.  
Lucia es una condesa.

- PACH. ¡Jesus, Maria, José!  
¿Y Barbarita?
- SARG. No sé.
- PACH. Yo estoy lelo de sorpresa.  
¿Conque tras de desposarnos  
nos habrán hecho al querernos  
la picardia de hacernos  
marqueses sin consultarnos?  
Me horroriza ese atentado.
- SARG. ¡Pardiez que la hazaña es bella!
- PACH. En fin, para estar con ella  
á todo estoy resignado.
- SARG. Si el veneno que aqui abrigo...  
Marchémonos sin demora.
- PACH. Bueno.

### ESCENA XIII.

DICHOS, el CONDE y ESTELA.

- CONDE. Alto, vá usted ahora  
á arreglar cuentas conmigo.  
¿Conque usted la enamoró  
sin darme á mi parte?
- SARG. ¿Y qué?  
¿Sabia que fuese usted  
su hermano?
- CONDE. Verdad que no.
- SARG. Y ya que hablar corresponde,  
sepa usted que mi amor era  
á una gentil tabernera,  
no era á la hermana de un conde.
- CONDE. Pues bien, renunciad, Daniel,  
á un enlace desigual...
- ESTELA. Hay un obstáculo.
- CONDE. ¿Cuál?
- ESTELA. Que yo no renuncio á él.
- SARG. Ved, por Dios, que un golpe en vago  
puede matarme.
- CONDE. Maucebo,  
ella debe...
- ESTELA. Si que debo,



y vas á ver cómo pago.  
CONDE. ¿Y tu fé comprometida?  
ESTELA. ¿No ves que me enamoró?  
CONDE. Ni por esas.  
ESTELA. Si.  
CONDE. Que no.  
ESTELA. ¿Que no? Á muerte ó á vida.

### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el BARON, el MARQUÉS, el VIZCONDE, BARBARA  
y CABALLÉROS.

ESTELA. Adelante, caballeros.  
Pues la historia conoceis  
de la taberna, debeis  
servirme de consejeros.  
El Sargento aqui presente  
mi honor allí defendió,  
y es tan noble como yo  
y lleva un nombre eminente.  
Le juré constancia eterna,  
que hoy me viene á reclamar.  
¿Puede un noble retractar  
lo que ofreció en la taberna?

MARQ. Fuera un proceder villano.  
No es noble ni bien nacido  
quien falta á lo prometido.

ESTELA. Lo mismo dice mi hermano.

CONDE. (¡Taimada!)

MARQ. Nunca faltó  
un Fuenclara á la hidalguia.

CONDE. Cierto; mas no me atrevia  
por mí solo...

BARON. ¿Pues y yo?

ESTELA. Sereis testigo.

BARON. La afrenta  
vuestros blasones manchara  
si una hermana de Fuenclara  
descendiera á ser sargenta.

ESTELA. Mucho desciendo, Baron;  
pero en fin, ¡cómo ha de ser!

peor fuera ser mujer  
de un mozo de bodegon:  
¿no os parece?

BARON. (Me ha partido.)

MARQ. Muy bien: manteneos tieso.

VIZC. ¿Qué quiso decir con eso?

BARON. Yo no sé, no lo he entendido.

ESTELA. Daniel, me haceis el honor  
de aceptar mi mano?

SARG. ¡Ah!

Mi alma os compensará  
con una vida de amor.

ESTELA. ¡Daniel!

CONDE. Yo obligué á mi hermana  
á cumplir con su deber,  
y lo cumplió. (Con hacer  
lo que le ha dado la gana.)

ESTELA. ¿Me quieres, Mauricio?

CONDE. Si,

aunque tienes faltas graves.

ESTELA. Corrígeme: si tú sabes  
que siempre mandas en mí.

Ya lo ves, le quiero bien,  
y en su mirada me abraso.

Noble es como yo, y me caso.

(Si no lo fuera, tambien.)

PACH. Confuso y suspenso estoy  
de lo débil que es Daniel:  
no cederé yo como él.

BARB. Pachorra.

PACH. ¿Qué?

BARB. Ven.

PACH. Ya voy.

FIN DE LA ZARZUELA.

---

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en  
que su representacion sea autorizada. Madrid 19 de Diciembre  
de 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.



6 114

**ASIRSE DE UN CABELLO.**

**LIBRERIA DE QUESTA  
CARRETAS 3 MADRID**

